

Star Wars

El Último de los Jedi

9 - Maestro del Engaño

Jude Watson

GUÍA DE PERSONAJES

Los Últimos de los Jedi

Obi-Wan Kenobi: El gran Maestro Jedi, ahora en el exilio en Tatooine.

Ferus Olin: Antiguo Padawan Jedi, una vez aprendiz de Siri Tachi, actualmente un agente doble trabajando para el Imperio con la intención de socavarlo dondequiera que pueda.

Solace: Antiguamente el Caballero Jedi Fy-Tor Ana; se convirtió en cazarrecompensas después de que se estableció el Imperio.

Garen Muln: Debilitado durante largos meses de esconderse tras la Orden 66; reside en la base secreta del asteroide que Ferus Olin ha establecido.

Ry-Gaul: Huyendo desde la Orden 66; encontrado por Solace.

Los Borrados

Una coalición liberal de aquellos que han sido condenados a muerte por el Imperio que renunciaron a sus identidades oficiales y desaparecieron; localizados en Coruscant.

Dexter Jettster: Antiguo dueño del Restaurante de Dex; ha establecido una casa refugio en el Distrito Naranja de Coruscant.

Oryon: Antiguo líder de una prominente red de espionaje bothan durante las Guerras Clon; divide su tiempo entre la base secreta del asteroide y el escondite de Dex.

Keets Freely: Antiguo laureado periodista investigador; condenado a muerte por el Imperio, ahora se esconde en la casa refugio de Dex.

Curran Caladian: Antiguo ayudante Senatorial de Svivreni y primo de Tyro Caladian, difunto ayudante Senatorial y amigo de Obi-Wan Kenobi; condenado a muerte debido a su evidente resistencia al establecimiento del Imperio; vive en la casa refugio de Dex.

Cuidadores de la Base

Raina Quill: Renombrado piloto de la lucha del planeta Acherin contra el Imperio.

Toma: Antiguo general y comandante de las fuerzas de resistencia en Acherin.

Los Once

Movimiento de resistencia en el planeta Bellassa; el grupo está empezando a ser conocido a lo largo de todo el Imperio; formado primeramente por once hombres y mujeres pero ha aumentado hasta incluir centenares en la ciudad de Ussa con más apoyo en todo el planeta.

Roan Lands: Uno de los Once originales; amigo y socio de Ferus Olin; asesinado por Darth Vader.

Dona Telamark: Partidaria de los Once; escondió a Ferus Olin en su retiro de la montaña después de escapar de una prisión imperial.

Wil: Uno de los Once originales y ahora su coordinador principal.

Dr. Amie Antin: Prestaba sus servicios médicos al grupo, después se unió; ahora es la segunda al mando, pero también ejerce de espía como doctora en el EmPal del Coruscant.

Amigos

Trever Flume: Compañero de 13 años de Ferus Olin, antiguo niño callejero y operador del mercado negro de Bellassa; ahora un miembro honorario de los Once de Bellassa y un combatiente de la resistencia, presente en Coruscant en una misión secreta.

Clive Flax: Antiguo músico y espía corporativo convertido en agente doble durante las Guerras Clon; amigo de Ferus y Roan; evadido con Ferus del planeta prisión imperial de Dontamo.

Astri Oddo: Anteriormente Astri Oddo Divinian; divorciada del político Bog Divinian después de que éste se unió con Sano Sauro y la Confederación de Sistemas Independientes durante las Guerras Clon; ahora huyendo, escondiéndose Bog; experta pirata informático especializada en sistemas de código informático.

Lune Oddo Divinian: Hijo de ocho años adepto a la Fuerza de Astri y Bog Divinian; ahora oculto en la base secreta del asteroide bajo la tutela de Garen Muln

Linna Naltree y Tobin Gantor: Marido y mujer; amigos del Jedi Ry-Gaul.

Flame: Amiga misteriosa y rica de los Once y otros grupos de resistencia; ahora en Coruscant

Otros

Breha, Reina de Alderaan: esposa de Bail Organa y madre adoptiva de Leia; hija de Padmé Amidala y Anakin Skywalker.

Bail Organa: Marido de Breha y padre adoptivo de Leia; Senador de Alderaan.

Hydra: Cabeza de los malvados Inquisidores Imperiales.

Jenna Zan Arbor: Una malvada científica contratada por el Imperio; trabajando en una droga anti-memoria en Coruscant.

CAPÍTULO UNO

Bail Organa estaba ante la ventana y observaba a su hija Leia correr por los jardines. Todos los días aprendía nuevas habilidades y se mantenía más estable sobre sus pies. Su esposa, Brea, sentada con las piernas cruzadas en la hierba, reía mientras Leia cogía flores.

Bail se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento, lo expulsó lentamente.

Habían pensado que el incidente no fue nada. Un accidente evitado, nada más que eso. Leia había estado con una de sus cuidadoras, Memily, que trabajaba en la cocina pero también se ofrecía a ayudar con los niños. Habían ido a un parque en el otro extremo de la ciudad de Alderaan para jugar, a alguna parte en la que Leia nunca había estado antes. El parque acababa en unos altos acantilados de piedra arenisca que daban al mar. Había vallas a lo largo del perímetro, ingeniosamente diseñadas en un enrejado que parecía ramas blancas pero en realidad era duracero.

Pero una de las áreas estaba debilitada, y Memily había estado a punto de apoyarse en ella para admirar las vistas.

Bail todavía no estaba seguro de lo que había ocurrido exactamente. Memily le había contado la historia, todavía temblando por la experiencia. Había jurado que Leia, la cual todavía no tenía un año, había girado su cabeza de repente y había lanzado su pelota láser directamente a un punto. La pelota láser había golpeado la valla, la cual se había sacudido tan fuerte que Memily había notado su inestabilidad.

Quizá Memily no habría caído. Quizá la valla habría aguantado. Quizá Leia simplemente había lanzado la pelota al azar.

Relatando eso, Memily había fijado en Bail sus enormes ojos oscuros. Ella era una chica joven de campo, todavía un poco acobardada por la atmósfera del palacio real. —Fue como si ella lo supiese, señor —le había dicho ella—. Como si ella hubiese visto algo antes de que ocurriese. Lo vi en sus ojos. Entonces ella me sonrió y... siguió jugando.

Memily era completamente de fiar; todo el mundo en el palacio de Bail lo era. Todos aquellos que vivían en los terrenos del palacio eran familia o estaban emparentados con los aliados de mayor confianza de la familia. Memily era la hija de un viejo amigo. Bail sabía que ella nunca habría hablado del incidente con nadie más que con él.

Pero de alguna forma ese pequeño incidente, esa minúscula perturbación en mitad de un día ordinario, había sido informado al Imperio.

Alguien lo había visto, y alguien había hablado, y tal vez esa persona había contado la historia en el espaciopuerto, un lugar desde el cual alguien podría haberla llevado a Coruscant. Hoy en día los espías estaban en todas partes. El Imperio pagado generosamente por meros pedazos de información. Así que alguien, en algún punto, había pensado que el Imperio podría estar interesado en la historia de un niño con reflejos asombrosos.

Ahora los informantes imperiales eran una parte de la vida en la galaxia, supuso Bail, pero no creía que hubiese ninguno en Alderaan. La sociedad allí estaba demasiado unida, y todo el mundo se oponía con fiereza al Nuevo Orden Imperial. Era sólo mala suerte que las noticias hubiesen llegado tan lejos... hasta los Inquisidores Imperiales.

Mala suerte. ¿Era eso? Un Jedi no diría que sí. Un Jedi diría que el Lado Oscuro de la Fuerza se movía ahora a través de la galaxia, tentando a algunos, alentando a los otros a ejercer sus peores impulsos.

Las buenas noticias eran que nadie sabía que el niño era Leia. Sólo se informó de un bebé, ni varón ni hembra, y un cuidador que se lo había llevado rápidamente. No podía culpar a Memily por eso, pero eso había llamado la atención.

Bail dejó vagar la mirada por la habitación, por las puertas de transpariacero que corrían a lo largo de toda una pared, para que los jardines se viesan en toda su magnitud. Leia llamaba a esa sala la "habitación dentro—fuera". El palacio siempre había sido un lugar abierto. Esa era la manera de Alderaan. Cualquier ciudadano podía llegar a la puerta y llamar. Bail había colocado seguridad durante las Guerras Clon, pero fue mínima. Breha se había peleado con él incluso por eso. Ella no cambiaría las tradiciones de su planeta por el bien de un régimen repelente, dijo ella, con la barbilla alzada de esa manera que él conocía tan bien.

En realidad ella tenía razón. Si el Imperio quería acceso a ese lugar, lo obtendrían sin importar la seguridad que contratase.

Ahora dos Inquisidores Imperiales iban a llegar más tarde ese día. Él le había dicho a Breha que llevase fuera a Leia mientras estuviesen allí. Podía verlas ahora, encaminándose hacia las puertas privadas que la familia usaba para entrar y salir del recinto oficial de palacio. Bail se sentía mejor sabiendo que Leia no estaría en casa.

No es que un Inquisidor fuese a captar nada extraño. Leia era una niña normal. Adelantada para su edad, sí, pero él no había visto nunca ninguna evidencia de sensibilidad a la Fuerza en ella. En cambio, había esperado que fuera lo que fuese que hubiese heredado de sus verdaderos padres, hubiese sido todo de Padmé. Su inteligencia, su coraje, quizá algo de su gracia... no sólo sus ojos marrones.

Aunque parte de Anakin Skywalker estaba allí, también. Bail había esperado que no lo estuviera. En esta galaxia, la habilidad con la Fuerza sería una carga para su niña, no un regalo.

Tanto que esconder, pensó Bail. Los Inquisidores vendrían, y recorrerían la ciudad, e investigarían minuciosamente los registros, e invadirían la privacidad de los ciudadanos de Alderaan, y si Bail podía hacer algo, no encontrarían nada y se marcharían. El informe de un niño con un brazo de lanzador asombroso sería puesto a un lado, como debería, perdido entre millones de pistas que los investigadores imperiales recibían de aquellos que intentaban ganar su favor, tratando de ascender en el sistema.

Bail suspiró. Tendría que cooperar, pero no iba a ponérselo fácil.

CAPÍTULO DOS

Ferus Olin resistió el deseo de tirar del cuello de su túnica de Inquisidor. Para él la túnica tenía una apariencia innecesariamente ominosa. Las capuchas estaban diseñadas para cubrir la cara. Él le había comentado a su compañero Inquisidor, Hydra, que parecía contraproducente llevar un traje tan atemorizante si estaban tratando de sonsacar información a sujetos reacios, pero Hydra meramente había clavado los ojos en él, dedicándole su mirada plana e inexpressiva y había dicho —El Imperio no sonsaca información.

Cierto, sabía que debería prestar atención a ese nuevo lenguaje imperial. No sonsacaban información, no preguntaban, no aplazaban, no tenían en cuenta que cualquiera con el que se cruzaran fuese de hecho una criatura viva. La eficiencia implacable era la única manera.

Ferus odiaba ser un agente doble. Si el Emperador no le hubiese asignado ese trabajo en particular, lo habría dejado y habría vuelto a la resistencia. Pero dada la posibilidad de dirigir a los Inquisidores que rastreaban rumores de adeptos a la Fuerza, no podía darle la espalda. Si podía localizarlos, podría salvarlos. Y si para localizarlos tenía que ser un Inquisidor durante un tiempo, lo haría.

Pero esa túnica... había estado en dos prisiones Imperiales hasta el momento y esa la túnica parecía la tercera.

Si no hubiese sido por Obi-Wan Kenobi, no estaría en Alderaan. Toda esa soledad estaba haciendo que Obi-Wan se volviese un hombre aun más misterioso de lo normal. Obi-Wan tenía sus secretos, y los guardaba. Sin embargo, eso no le impedía emitir edictos para Ferus de vez en cuando. Cuando Ferus le había hablado de los probables sujetos sensibles a la Fuerza, por alguna razón este bebé anónimo en Alderaan había llamado la atención de Obi-Wan.

La Inquisidora Imperial Hydra estaba sentada a su lado, con expresión neutral. Ella nunca decía una palabra si no era necesario. Su capucha oscurecía su cara, y era raro que él viese momentáneamente alguna expresión. Ella no parecía sentir emociones por nada. Ya llevaban dos días viajando juntos, y ella no se había quejado nunca por retrasos o mala comida o por el motor sublumínico defectuoso que les había dejado en tierra durante cinco horas en un espaciopuerto decrepito.

Ella pilotaba el aerodeslizador, avanzando por las rutas espaciales de Aldera sin hacer caso de nadie más. El palacio se alzaba en una leve elevación al borde de la ciudad, mirando hacia el vasto lago. Era un complejo grácil de edificios rodeados por jardines y vergeles. Las terrazas en diversos niveles proporcionaban a los habitantes bastante aire y luz en el clima templado de Alderaan. Hydra hizo descender aerodeslizador, apagando el motor repulsor para que el aerodeslizador aplastara una parcela de tréboles.

Ferus se preparó mentalmente para el encuentro. Bail Organa era un héroe personal para él. Había seguido la carrera de Organa en el Senado, había oído sus discursos, leído sus escritos. Su pasión por la justicia no fue nunca un ocasión para el ego o el ensalzamiento; su tranquila determinación era, para Ferus, la esencia de lo que un político debería ser y raras veces lo era.

Y Bail le despreciaría. No sólo estaba entrando en su casa como un enemigo, sino que Bail sin duda conocería su historial. Aceptaría la versión oficial imperial de que

Ferus había sido un gran héroe de la resistencia bellassana antes de ver el error de sus actos y unirse al Imperio. En otras palabras, Bail le vería como un traidor a cada ideal que él defendía.

Ferus e Hydra se aproximaron al palacio y atravesaron las puertas. Ferus se sorprendió ante la falta de seguridad. Tenía que estar allí, pero no sintió alarmas ocultas o sensores. No se permitían armas en Alderaan, pero aún así, habría esperado alguna clase de protección para la Reina y su extensa familia.

Siguieron un sinuoso camino a través de árboles antiguos con gruesos troncos de oscura madera dorada. Los jardines estaban en flor, y todas las flores eran estallidos de color contra los densos y oscuros verdes del follaje.

El camino les condujo hasta una ancha puerta principal que estaba intrincadamente esculpida en lo que parecía el tronco macizo de uno de los majestuosos árboles que rodeaban el palacio. El propio Bail Organa abrió la puerta mientras se acercaban.

Ferus le dedicó una pequeña reverencia.

—Venimos como enviados del Emperador —dijo él.

—Pueden pasar.

Bail se dio la vuelta y caminó rígidamente hacia su casa. Cada músculo en su cuerpo les decía lo bajo que pensaba de ellos y lo rápido que quería que se marchasen.

Ferus miró a Hydra, pero como siempre no podía adivinar lo que estaba pensando. Ella caminaba de forma ligera, con las manos ocultas en su túnica.

Bail los condujo a lo que debía haber sido la sala más formal del palacio, destinada para asuntos ceremoniales. Estaba revestida de madera y coronada por un techo combado. Dentro, esperaban dos mujeres. Ferus reconoció a Breha, alta y bella con su traje blanco de tela simple. La otra mujer se parecía a ella, pero era más alta, con una cara redonda, bonita y moños de pelo negro alrededor de las orejas.

—Mi esposa Breha, Reina de Alderaan, y mi cuñada, Deara, consejera de la Reina —dijo Bail escuetamente.

No había mobiliario en la sala, y ellos estaban de pie directamente en el centro, justo debajo de una maciza fuente de iluminación con la forma de un sol.

—¿Qué les ha traído a Alderaan? —preguntó Bail.

—Es la tarea de los Inquisidores Imperiales promover la estabilidad en la galaxia —Ferus pronunció las palabras que le habían indicado decir ante cualquier petición de información. Él siguió adelante a pesar del desprecio evidente en la expresión de Bail—. Para hacer esto, se espera la cooperación de los Senadores y gobernantes. Uno de sus ciudadanos ha enviado un informe—

—Uno de nuestros ciudadanos, dice —dijo Breha—. Creo que no. Los ciudadanos de Alderaan no se espían unos a otros.

Ferus no iba a debatir eso. Breha estaba muy probablemente en lo correcto. Pero a Ferus le enfurecía que su nivel de autorización no se extendiese a los nombres de los operativos imperiales, ni siquiera a sus nombres en clave. Él no sabía exactamente quién había enviado el informe del bebé inusual.

—Se ha enviado un informe —repitió cortésmente— que hace necesario que realicemos una investigación de campo. Nos gustaría tener su permiso para revisar los registros oficiales de Alderaan, incluidos los informes de seguridad, vigilancia doméstica...

—¡La corte real no espía a sus ciudadanos! —la voz de Bail restalló y produjo ecos en la cámara.

—Eso se lo dejamos a ustedes —añadió Deara.

...— y todas y cada una de las comunicaciones gravadas y los registros civiles —terminó Ferus. Mantuvo su tono educado y respetuoso, pero no hizo nada para reducir la furia obvia de Bail.

Todos ellos conocían el resultado. Bail y Breha concederían autorización porque tenían que hacerlo. Sabían muy bien que la petición de permiso era simplemente un gesto simbólico. El Emperador se había dado a sí mismo el poder para abrir cualquier registro planetario que deseara. Ferus estaba seguro que un día no muy lejano, incluso ese intercambio sin sentido no sería necesario. Por el momento, el Emperador todavía se preocupaba por las apariencias.

Los ojos de Bail ardían a través de él. —No necesitan nuestro permiso —dijo, escupiendo las palabras—. ¿Entonces por qué hacernos pasar por la hipocresía de pedirlo? Hagan lo que quieran, no tenemos nada que esconder.

Como si fuesen una sola persona, Bail, Breha, y Deara dieron la espalda a los Inquisidores y se marcharon.

CAPÍTULO TRES

Mientras Ferus e Hydra subían al aerodeslizador, Ferus dijo — Creo que deberíamos intentarlo primero en la oficina de Registros Oficiales.

—Fuiste deferente con Bail Organa —contestó Hydra, sorprendiéndole—. ¿Por qué?

—Es un Senador.

—Es la oposición principal del Emperador en el Senado, trabaja para destruir el Imperio.

—Es más fácil si se evita la confrontación cuando se está indagando en el terreno de otra persona.

—Esa es una declaración curiosa —dijo Hydra—. Alderaan pertenece al Imperio, éste es nuestro terreno.

Oops, pensó Ferus. Tenía que ser más cuidadoso. —Hablo de percepción —dijo él—. Si presionamos al Senador demasiado, podría denegarnos acceso en formas de las que ni siquiera somos conscientes. No tenemos el control de este planeta... aún.

Ella no contestó, y Ferus pilotó el aerodeslizador hacia un grupo de edificios oficiales en un área central de la ciudad de Aldera. Tendría que deshacerse de Hydra de alguna manera. Ella estaba demasiado alerta. Su trabajo era investigar el informe tan rápido como fuese posible y después darlo por cerrado. No la quería alrededor. Obi-Wan parecía menos interesado en la posible presencia de un niño sensible a la Fuerza que en apartar a los Inquisidores de la escena. Si Ferus encontraba al niño, el honor le obligaría a asegurarse de que él o ella estuviese protegido. Podría ser difícil.

Estaba ansioso por librarse de Hydra y contactar con Amie Antin. Ella era doctora y científica, y él necesitaba su experiencia. Sólo unos días atrás se había colado en el EmPal QuiRecon y fue capaz de robar algunos registros de suministros. La instalación médica y privada del Emperador tenía que haber sido el lugar donde se construyó y se acopló el traje de Darth Vader. Ningún otro lugar de la galaxia tenía esa pericia. Ferus esperaba que después de que Amie Antin analizase los registros, podría darle una pista sobre la identidad de Vader, o al menos un punto desde el que empezar.

Si sus sospechas eran ciertas, Darth Vader era un Jedi caído. Es más, Ferus tenía la fastidiosa sensación de que él le había conocido. Quizá incluso le había conocido bien.

Si Ferus pudiese descubrir la naturaleza de las heridas de Vader, podría descubrir quién había sido. Eso podría darle cierta ventaja en una batalla.

Porque se dirigían hacia una batalla.

Vader había matado a su socio Roan Lands a sangre fría, lo había hecho simplemente para enfurecer a Ferus. Había tomado una vida simplemente por diversión.

Tenía que pagar por eso.

Ferus sabía que cediendo a su furia estaba poniendo en peligro su redescubierto control de la Fuerza. Él nunca se había convertido en un Jedi oficialmente; había renunciado a la Orden cuando todavía era un aprendiz. Conocía sus limitaciones: él no era rival para Vader según estaba ahora mismo.

Había aprendido desapego siendo un Padawan, pero él no se sentía desapegado. De ningún modo. Ahora tenía una furia tranquila y constante en el núcleo de su ser.

Sólo necesitaba un detonador para explotar. Le habían enseñado toda su vida que vengar una muerte estaba mal. Pero eso no se sentía mal.

El Emperador le había dicho que podía enseñarle sobre el Lado Oscuro de la Fuerza. Le había dicho que su cólera sólo le haría más fuerte. Ferus tenía que admitir que había estado en lo cierto. Uno no podía discutir con los resultados. Las pocas veces que había conectado con su cólera y sentido el Lado Oscuro de la Fuerza, había sido capaz de mover objetos a velocidades increíbles simplemente concentrando su furia.

Antes de dejar Coruscant, se había reunido brevemente con el Emperador. Palpatine le había dado un Holocrón Sith, lo suficientemente pequeño como para caber en el bolsillo de su túnica. Le había dicho que si tenía el coraje de que acceder a él, podría ganar gran poder.

No le dijo lo que vería. No le dijo lo que aprendería. Pero la forma en la que había dicho la palabra poder, la forma en la que había acariciado el Holocrón, le había dicho todo a Ferus. Si quería derrotar a Vader, ésta era la única forma.

Él todavía no había accedido al Holocrón. Podía sentirlo en su túnica, con un peso en proporción a su tamaño. Algunas veces parecía estar caliente. Algunas veces era como una quemadura helada que penetraba a través de la tela de sus ropas. Algunas veces parecía afectarle de forma extraña. Sentía como si el mundo se fracturase a lo largo de invisibles líneas de falla. Había una curiosa duplicidad en su vista, como si pudiese ver a través de las cosas hasta su núcleo más interno. A veces sentía un destello de desprecio hacia sus compañeros y sus debilidades.

Sentía que mantenerlo cerca era lo suficientemente peligroso.

CAPÍTULO CUATRO

Trever Flume pasó la mano sobre el sensor que convertía las escaleras en una rampa y se deslizó hasta la puerta principal. Introdujo el código de salida del escondite de Dex en Coruscant y salió al Callejón del Maleante. Había una reunión en curso, y aunque el tema era excitante —por fin tendría lugar la reunión de los líderes de la resistencia de los planetas de todo la galaxia— la conversación era aburrida.

¿Cómo podían organizar una resistencia galáctica si no podían ponerse de acuerdo en la cosa más simple: Un lugar donde reunirse?

Wil, la cabeza de los ya legendarios Once de Bellassa, había sugerido un planeta en el Borde Exterior. Pero ninguno de los líderes de la resistencia pensó que fuese una buena idea. Demasiados puntos de control entre aquí y allí, aunque se sentirían relativamente seguros una vez que llegaran. Dex había sugerido Coruscant, donde él podría proveer seguridad, pero esa sugerencia fue tomada como un ultraje. ¿Ponerse a sí mismos bajo las mismas narices del Emperador? Una buena porción de los líderes de la resistencia, los que aparecían en forma de holograma, había ofrecido sus mundos natales. Pensaban que sus redes eran lo suficientemente estrechas para garantizar la seguridad, pero sólo en sus propios planetas. En otras palabras, no confiaban en que nadie más pudiera ofrecerles seguridad. Porque todavía no confiaban unos en otros.

Daba igual. Todo lo que Trever sabía era que las discusiones le aburrían enormemente. Era casi tan malo como sentarse en las galerías del Senado.

Trever salió del Callejón del Maleante, sabiendo que cada paso que había dado por el serpenteante recorrido había sido monitorizado por el sistema de seguridad de Dex. Atravesó los turbios niveles del Distrito Naranja, ya se había acostumbrado a ellos. Apenas les dirigió una mirada a los otros ciudadanos del distrito, donde ni las fuerzas de seguridad imperial se atrevían a entrar. Si vivías aquí, sabías que era mejor no iniciar contacto visual.

Ni los turboascensores ni los transportes de peatones funcionaban allí. Si iniciaban un proyecto para mejorar el alumbrado, o revestir los pasajes, sería sabotado o misteriosamente destruido, sin importar cuanta seguridad se usara para acordonarlo. Así que salir del Distrito Naranja llevaba bastante tiempo. Pero tiempo era algo de lo que Trever tenía a montones. Ese grupo seguiría discutiendo para siempre. Nadie notaría que se había marchado.

Trever estaba buscando en su mundo natal, Bellassa, pero allí en Coruscant se sentía extrañamente más seguro que en cualquier otro sitio. Prefería tener un montón de seres entre los que esconderse. Si sentía la necesidad de aire y luz, se abriría paso hasta la superficie y se introduciría en las rápidas y fluidas corrientes de peatones en el distrito del Senado. Allí se sentía invisible.

Y además, antes de que Ferus se marchase de Coruscant, le había encargado a Trever una misión secreta.

* * *

La multitud surgió a su alrededor en el paseo peatonal del distrito del Senado. La brillante luz del sol hacía surgir destellos esporádicos de los detalles metálicos de los aerodeslizadores que pasaban volando por las rutas espaciales. Trever mantuvo los ojos abiertos por si aparecía la seguridad imperial, que a veces realizaba comprobaciones aleatorias de documentos de identificación.

Últimamente pasaba el tiempo sólo. El hijo de Astri, Lune Oddo, estaba en la base secreta del asteroide que Ferus había establecido. Lune había estado entrenándose con Ry-Gaul, pero el silencioso Jedi se lo había llevado con Garen Muln para recibir más lecciones. Aunque Garen ahora estaba débil, tenía un regalo especial, recién descubierto que enseñarle. Garen había sido uno de los pilotos Jedi más atrevidos cuándo los Jedi todavía estaban por ahí. Ahora estaba recluido en el asteroide y había descubierto, dijo él, nuevas partes de sí mismo, como la paciencia.

Trever estaba sorprendido de encontrarse echando de menos a Lune. Nunca le había prestado demasiada atención al niño de ocho años hasta que había sido secuestrado y se había visto forzado a alistarse en la nueva Academia Naval Imperial. Trever se había alistado para sacarle, y había descubierto que el pequeño tenía recursos increíbles y nervios de duracero, por no mencionar que era bastante buena compañía. Habían pasado algún tiempo juntos antes de que Ry-Gaul se lo llevase al asteroide. Tal vez fuera la espeluznante conexión con la Fuerza que tenía Lune, pero el niño definitivamente te mantenía alerta.

Trever montó de un salto sobre una rampa en movimiento que le subió otros cincuenta niveles entre los niveles entrecruzados y los niveles medios del distrito. Mientras la rampa ascendía, apareció una nueva perspectiva de los edificios resplandecientes. Su mirada se posó sobre el Templo Jedi en ruinas, ahora directamente frente a él.

Giró la cabeza. Había estado dentro del Templo con Ferus, en el comienzo de su amistad. Había estado colgando encima de ese capitel y había seguido a Ferus al interior. Incluso él, sin ninguna conexión con la Fuerza, había sentido el poder que todavía resonaba en aquellas paredes.

Verlo ahora le dolía.

Había oído que ahora el Templo en ruinas era un lugar de macabra fascinación para la élite de Coruscant. Era un lugar donde habían muerto muchos Jedi. Se consideraba una marca de estatus si se te permitía visitarlo. La idea le disgustó. No se lo diría a Ferus. Sabía cuánto le enfadaría.

Justo entonces, para su sorpresa, divisó a Flame por encima, moviéndose a través de la multitud. Mientras la rampa ascendía, vio que ella giraba hacia otro paseo. Saltó de la rampa y la siguió.

La alcanzó cerca de las fuentes en el borde de una de las muchas plazas que rodeaban el edificio del Senado.

— ¿Visitando lugares de interés? —preguntó él mientras se colocaba a su lado.

Ella debió haber saltado un metro. —No te vi —dijo ella—. Trever, me has asustado. Siempre estoy alerta ante las comprobaciones imperiales de identidad.

—Lo siento —se apoyó contra la pared de la fuente, sintiendo el agua en su cuello—. ¿Qué estás haciendo por aquí?

— ¿Ha acabado la reunión? —preguntó ella, atropellando sus palabras. Tenía una mirada ansiosa en su cara—. Me pidieron que me marchara para poder debatir más libremente.

—Todavía siguen discutiendo —Trever sacudió la cabeza—. Pensaba que un montón de combatientes de la resistencia tendrían más audacia. Todo el mundo teme ser atrapado.

—Es una cuestión de confianza —dijo Flame, observando el juego de la luz del sol en la fuente. Sus ojos verdes se entrecerraron—. Decisiones como esta requieren una cohesión que el grupo no tiene todavía.

—¿Cohesión? —bufó Trever bufó—. Requiere agallas, sólo eso.

—Ya han demostrado su coraje —le regañó Flame amablemente. Ella frunció el ceño—. Pero no me gusta esto. Temo que Golpe Lunar se desmoronará. Tuve una reunión con Bail Organa. Me presentó uno de los líderes de la resistencia, un antiguo socio de confianza de Bail. Le pedí que se uniese a Golpe Lunar, y lo rechazó. Dijo que no había resistencia en Alderaan y que él tenía el compromiso de trabajar a través del Senado. Debe estar mintiendo —dijo ella, uniendo sus manos—. Tiene que haber un movimiento clandestino en ese planeta. ¿Qué dice Ferus?

—Acaba de llegar. No dijo mucho.

—Bail Organa es la clave —dijo Flame—. ¡Ojalá tuviésemos Senadores en Golpe Lunar! Eso nos proporcionaría legitimidad. Entonces podríamos formar un movimiento definitivo por toda la galaxia, con un brazo político y uno militar. Pero si Bail Organa se niega, otros lo harán —se volvió hacia Trever—. ¿Crees que Ferus podría convencerle?

—Ferus está encubierto —dijo Trever—. Organa cree que es parte del Imperio, ¿recuerdas?

—Bien, tendría que revelar su identidad como espía, por supuesto —dijo Flame—. Pero Bail Organa es digno de confianza. ¡Le necesitamos, Trever!

—Se lo preguntaré a Ferus —dijo Trever. Haría casi cualquier cosa por Flame. Los rumores decían que había sacrificado una vida bastante dulce y una fortuna personal para iniciar el movimiento Golpe Lunar. Admiraba casi tanto a Ferus como a ella, más que a cualquier otro en la galaxia—. Pero todo lo que puedo hacer es preguntar. No puedes hacer que Ferus haga algo que no considera correcto, es realmente molesto en ese tema.

—Dile lo importante que es —le urgió Flame. Trever asintió con la cabeza, notando lo tensa que parecía Flame.

Normalmente ella era tan tranquila y dueña de sí misma, incluso bajo fuego láser. Supuso que era porque estaba muy cerca de su meta.

—Cuento contigo —dijo Flame. Ella sonrió y extendió la mano para tirar del borde de la gorra que él llevaba para ocultar su pelo azulado—, como siempre.

El afecto del gesto le complació tanto como la confianza de sus ojos. —No te decepcionaré —prometió él.

Él siguió su camino. Miró hacia arriba y vio la alta torre República 500 ante él. Ferus había contactado con él ese mismo día y le había pedido que comprobase las medidas de seguridad.

Ferus todavía se sentía mal por haber tenido que dejar atrás a uno de los científicos, Linna Naltree, cuando se coló en el EmPal. Ella había regresado voluntariamente para continuar como asistente de la barbárica científica Jenna Zan Arbor, asegurando que Lune y Ferus pudieran escapar. Ferus tenía una deuda con ella, y tenía la intención de sacarla si podía. El primer paso era ver si ella se alojaba en la torre República junto con Zan Arbor, la cual había exigido un piso en la torre de apartamentos más exclusiva de la ciudad.

Todavía no sabían en lo que estaba trabajando Zan Arbor, pero sabían que involucraba a Darth Vader. Era necesaria más investigación. Linna podría saber a estas

horas cuál era el proyecto secreto. Si pudiesen llegar a ella, podrían descubrir lo que ella sabía y liberarla de las garras de Zan Arbor. El primer paso era un poco de vigilancia.

Trever se detuvo ante una exclusiva floristería que él sabía vendía flores exóticas de todas partes de la galaxia. No le hicieron mucha gracia los precios y finalmente escogió lo más barato que pudo encontrar, una pequeña planta con vibrantes hojas amarillas nativa del planeta Huro. Le pidió que la envolvieran muy cuidadosamente, con bastante de su distintiva tela lila de gemared y lazos arco iris. El dependiente le miró con hosquedad pero a él no le importó. La recogió y se dirigió hacia la plaza situada delante de la torre.

La élite de Coruscant se arremolinaba a través de la plaza, algunos caminando a grandes pasos rápidamente, como si fuesen de camino hacia una cita crucial, otros balanceando cuidadosamente peinados y tocados ridículos, caminando a un paso lento y majestuoso para que los otros les vieran. Trever se sintió invisible mientras avanzaba a través de la multitud. Nadie notó a otro insignificante niño, uno de los centenares que corrían realizando los recados de los Senadores. Estaban en el escalón más bajo de la jerarquía del Senado. Trever se había asegurado de hacerse con una de las gorras marrones que llevaban calada hasta las cejas. Debajo de la visera, su mirada podía estudiar la parte delantera de la torre y ver a través de las macizas puertas de transpariacero hasta el vestíbulo. En pocos segundos había analizado la seguridad.

No completamente, por supuesto. Sabía, al haber sido un ladrón callejero en Bellassa, que había seguridad que veías y seguridad que sólo podías especular. Podría entrar al vestíbulo sin problemas, gracias a su paquete. Pero tendría que hacer algunos trucos delicados para entrar en un turboascensor.

Afortunadamente, cuando se trataba de trucos delicados, era un experto.

Ferus sólo le había pedido que analizara lo obvio y especulara sobre el resto. Ferus no le había pedido que se colase realmente en el apartamento de Zan Arbor.

Pero iba a hacerlo, de todas formas.

CAPÍTULO CINCO

Ferus dejó el aerodeslizador con Hydra y se quitó su túnica de Inquisidor, guardándola en su mochila. Inmediatamente se sintió mejor, más ligero, y más tranquilo, en su mente.

Se adentró en las calles de Aldera. Como un Jedi en una misión, él quería sus botas sobre el terreno. Algunas veces un simple paseo a través de una plaza de la ciudad podía contarte más sobre el estado de un planeta que una completa sesión informativa.

Aldera estaba construida en una isla sobre un vasto lago poco profundo. La mayor parte de los edificios estaban contruidos con la misma piedra blanca resplandeciente, con cúpulas y torres que se alzaban hacia un cielo que parecía curvarse como una delicada taza de té sobre sus cabezas. Las gentes de Aldera se ocupaban de sus asuntos con expresiones agradables, saludando a sus amigos, frenando sus pasos para admirar el día, deteniéndose en un café. A diferencia de los otros mundos que había visitado, Alderaan no parecía tocado por la mano del Imperio.

Y eso le preocupaba.

No sabía si el Emperador tenía planes para Alderaan, pero sospechaba que la gente pensaba que nunca se atrevería. Estaban protegidos por su Reina, por su Senador, y por su propio pacifismo. Alderaan había prohibido las armas hacía mucho tiempo, y sus ciudadanos habían encontrado la manera de coexistir sin disputas ni la rabia que salpicaba a otras sociedades.

Ferus sabía que tarde o temprano Palpatine volvería su atención hacia Alderaan. Bail era una figura demasiado poderosa para dejarle permanecer tan influyente. Podría llevar meses o años, pero ocurriría.

Ferus sintió zumbir la señal de su comunicador contra un costado. Vio que era un mensaje codificado. Esperando que fuese Amie Antin, se dirigió hacia un pequeño parque situado entre dos edificios. El parque estaba a la sombra y no había nadie sentado por allí. Se detuvo y contestó.

—Me alegro de hablar contigo. Soy Amie.

—¿Tienes noticias para mí?

—He repasado la información que me enviaste del EmPal. No he encontrado mucho. Excepto... durante el periodo de tiempo que me diste hubo un envío de emergencia de un tipo especial de bacta que había resultado ser efectivo en casos de quemaduras severas y regeneración de tejidos. Ese sería un equipamiento estándar para cualquier centro médico. Excepto...

La voz de Amie se desvaneció poco a poco, y él no podía distinguir si era la transmisión o su vacilación. —¿Excepto? —apremió él.

—Añadido a ese envío de emergencia había un trío de drogas de desintoxicación y dispositivos diseñados específicamente para tratar a un ser con contaminación por metales pesados. Lo que significa que muy probablemente un paciente había resultado herido en una explosión minera o, más probablemente, una erupción volcánica en la cual la lava contenía una concentración extraordinariamente alta de alotropos de metal...

—Amie, te lo suplico. Ve al grano.

—Así es que investigué planetas mineros y planetas volcánicos, pero la base de datos era demasiado grande para deducir nada. Así que volví a la lista de suministros y descubrí algo que había pasado por alto. Bueno, no lo había pasado por alto, pero no me

había parecido significativo. Uno de los agentes médicos pedidos para el centro había sido ordenado en cantidad muy pequeña, muy poco, realmente, para ser lógico si fuese un pedido estándar para equipar una nueva instalación médica. Éste fue un envío urgente de una medicación muy cara, lo cual sólo tiene un uso médico: neutralizar un metal pesado sumamente raro pero tóxico que sólo se encuentra en doscientos once planetas... —Amie tomó aire—,...los cuales comprobé varias veces buscando actividad volcánica. Lo raro es que este alotropo no puede sobrevivir en lava normal; la lava tiene que estar un poco más fría. Digamos alrededor de ochocientos grados.

—Eso suena bastante caliente para mí.

—Eso es porque no eres un volcán. Así que este alotropo particular permanece líquido, lo cual aumenta su toxicidad. Entonces comprobé varias veces buscando erupciones volcánicas en el último año de las Guerras Clon, y asombrosamente, porque esto nunca ocurre, sólo cuarenta y tres planetas coincidieron con todos los criterios.

Ferus suspiró. Cuarenta y tres no estaba mal, pero no llegaba a suficiente. Llevaría tiempo reducir la lista. —Gracias, Amie, puedes enviar la...

—Espera, no he acabado. Le llevé la lista a Dex, y Oryon estaba allí. ¿Recuerdas que era un maestro espía al final de las Guerras Clon? Bien, él reconoció uno de los planetas. Los informes al final de las Guerras Clon se refirieron a él como un escondite para el Consejo Separatista. Mustafar. Mira, soy una científica, así que no me gusta aventurar conclusiones. Todo este es especulativo. Pero si tuviese que adivinar dónde salió herido este paciente, apostaría por Mustafar.

—Mustafar. Nunca he oído hablar de él.

—No es sorprendente. Nadie en su sano juicio iría allí. Es un planeta remoto en el Borde Exterior. Tiene un gas gigante como gemelo, Jestefad. Tiene calor indecible, ríos de lava hirviendo, y los volcanes están en continua fase de erupción. Un planeta de pesadilla

Un lugar perfecto para que nazca un Sith, pensó Ferus. ¿Pero qué podía hacer él con la información? Difícilmente podría ir hasta el Borde Exterior. No encontraría nada allí, de todas formas. En sus huesos, sentía que cualquier información que necesitase para derrotar a Darth Vader yacía allí, en el Núcleo, en las actividades diarias del nuevo Imperio. En su intuición. En el Holocrón. Esa voz... ¿qué era? No era la suya. Resonaba en su mente, y el Holocrón parecía quemarle el pecho en respuesta. Ferus puso una mano sobre ello.

—Hay otra cosa —dijo Amie—. La reunión de Golpe Lunar no está yendo bien.

Ferus sintió una oleada de molestia. ¿Por qué le molestaba con trivialidades? Amie era tonta e ingenua.

Esa voz otra vez... no era la suya.

No, Amie fue valiente e ingeniosa. Ella había sido una doctora en su planeta natal, Bellassa. Se había mantenido alejada de los Once todo lo que pudo, pero sólo así pudo continuar su trabajo. Ella tenía un hijo en Bellassa por el que sufría.

Eso la convierte en un eslabón débil de la cadena.

No. Él nunca consideraría a Amie débil, o capaz de traición.

Todo el mundo puede traicionar, todo el mundo tiene un punto débil.

Ferus dejó caer su mano del Holocrón. Sintió como si le hubiese quemado. La voz en su cabeza fue demasiado insistente. ¿De dónde venía?

Viene de ti, es tu auténtica voz la que habla.

Agitado, Ferus trató de alcanzar la Fuerza. Tenía que combatir la voz, y no podía hacerlo sólo.

Nunca había tenido pensamientos como ese sobre Amie. No eran ciertos. Ella era una mujer valiente, compasiva

El Holocrón Sith se enfrió contra su pecho.

Él bajó la vista hacia sus dedos. Estaban enrojecidos como si hubiesen sujetado una llama.

—Así que si pudieses considerarlo —siguió Amie—, estaríamos agradecidos.

Había perdido el hilo de lo que había estado diciendo. Con dificultad, Ferus devolvió su atención a ella y reprodujo sus palabras en su cabeza. —El asteroide debe seguir siendo un secreto entre todos nosotros —dijo él—. Si lo exponemos, ponemos en peligro a cualquier futuro Jedi que pueda encontrar.

—Ferus, respeto tu misión, en serio —dijo Amie—. Pero hasta ahora, todo lo que hemos descubierto es que los Jedi que no han sido erradicados se han ocultado tan profundamente que son imposibles de encontrar. Y la resistencia está empezando aquí, ahora. Necesitamos tu ayuda.

—Lo consideraré —dijo él finalmente—. Sólo puedo prometerte eso.

Terminaron la comunicación. Ferus se miró las puntas quemadas de sus dedos. Se sintió estremecido. Era la primera vez que sentía que el Holocrón había influenciado su mente.

¿Era eso sólo una prueba de lo que podía ocurrirle con un Holocrón Sith tan cerca?

* * *

Ferus caminó hasta las afueras del norte de la ciudad y llegó al parque. Estaba construido sobre el lago que rodeaba la ciudad de Aldera e imitaba las praderas que cubrían gran parte del planeta. Ferus sabía que había miles de variedades de césped en Alderaan, y podía ver que muchas de ellas estaban presentes allí. El césped había sido plantado en undulantes hileras, cada una de un color diferente, verde, azul y dorado, y los colores parecían aun más intensos en ese día tan soleado.

Los niños corrían entre la hierba o se congregaban en las áreas de arenas suaves que estaban intercaladas con la hierba para proveer espacio para juegos y picnics. Ferus llegó hasta el extremo del parque. Había una cuesta gradual que ascendía y después un largo tramo de escalones hechos con bloques de piedra blanca. Trepó hasta la posición ventajosa.

Permaneció de pie sobre un farallón de la piedra arenisca que daba hacia el lago, el cual se extendía hasta el horizonte. A su izquierda estaba el espaciopuerto principal de Alderaan, un lugar ocupado con tráfico constante. Podía ver el destello de la luz del sol en los cruceros que estaban aterrizando y despegando casi constantemente. A su derecha se encontraba la extensión del lago azul.

La barandilla se había diseñado para que pareciese vides trenzadas. Se desplazó a lo largo de ella hasta que su mirada encontró lo que andaba buscando. A pesar del cuidadoso trabajo de reparación, pudo ver dónde había sido recientemente reparada la verja de hierro. Si la mujer del informe hubiese caído, habría aterrizado en las rocas de la parte inferior y se habría herido seriamente.

Ferus dio una vuelta completa para examinar los alrededores. Aunque el olor de la hierba y el agua hacían que pareciese como si estuviese en el campo, estaba rodeado de la ciudad. Allí, cerca del extremo del parque los edificios parecían ser a más industriales —almacenes y hangares verticales, muy probablemente por el cercano espaciopuerto.

Quizá no lo habría notado si no hubiese sido adiestrado en el Templo. Quizá le habría parecido simplemente otro destello de una aeronave. Ferus giró otra vez, fingiendo admirar la vista. Sí, eso era. El edificio de su derecha, el más cercano al parque... alguien estaba usando electrobinoculares. Había visto el destello de luz en las lentes.

¿Había alguien espiando el parque?

Ferus se dio la vuelta y comenzó a caminar a paso tranquilo bajando las anchas escaleras, y después a través de la hierba ornamental. De repente una niña pequeña apareció frente a él. Ferus dio un paso atrás.

—Lo siento —una mujer con ojos cálidos y una sonrisa levantó en brazos al niño—. Tula, tienes que mirar por dónde vas.

—Yo también debería —dijo Ferus—. Es un parque precioso.

—¿Es su primera vez aquí? —Ella se retiró el pelo de los ojos y sonrió—. Es un gran lugar. Nunca se llena demasiado de gente porque está alejado del camino —su niña comenzó a retorcerse, y ella amablemente la colocó en el suelo—. Pero debería venir mañana. Las campanillas jengibre están a punto de florecer.

—Me temo que no sé mucho de flores —dijo Ferus.

—Entonces no debes de ser de Alderaan.

—Soy un visitante

Ella se agachó y señaló un pequeño brote casi oculto en la hierba. —Hay miles de estas en el parque. Son famosas en Alderaan porque todas florecen el mismo día. El parque alberga un festival. Vendrá todo el mundo que conoce el parque. Es una vista asombrosa. Dejan que los niños recojan todas las flores —se enderezó y comenzó a correr detrás de su niña—. ¡Debería venir! —le dijo a Ferus por encima de su hombro.

Sí, vendría. Sería una perfecta oportunidad para observar a los niños.

¿Qué solía decir Siri Tachi? "Si quieres tener suerte, abre los ojos". Ferus sonrió, recordando la brusca forma de hablar de su Maestra, su irreverencia, su estilo. Todavía la echaba de menos.

Apego — ¿prohibido o... normal?

Avanzó por el lado más alejado del parque y cruzó un ancho boulevard para acercarse al edificio que había observado. Era alguna clase de almacén, con un sistema de seguridad pero sin personal. Ferus pasó por encima del código estándar de entrada con facilidad. Era una habilidad que había aprendido en su vieja profesión, el negocio que había comenzado con Roan. Aunque técnicamente operaban en el lado correcto de la ley, esto les servía ocasionalmente para mover un poco esa línea.

Viendo de frente un grupo de turboascensores, se orientó rápidamente y escogió uno que llegaba hasta los pisos más altos que daban hacia el oeste. Subió disparado hacia arriba. Había contado los pisos desde el suelo y supuso que había visto el destello en el piso doscientos siete.

Ferus salió con cuidado. Convocó la Fuerza, dejando que ella le dijese si había algún peligro. No sintió vibraciones, ni pistas sobre lo que había delante. No sintió ni rastro de la Fuerza Viva. Tenía la sensación de que el piso estaba desierto.

Se movió con precaución hacia la puerta que él suponía tendría la ventana que había visto desde abajo. Escuchó cuidadosamente en la puerta pero no oyó nada. Se saltó el código de seguridad y entró. La habitación estaba vacía. Completamente vacía. Allí no se había almacenado nada durante algún tiempo. Podía oler el polvo. ¿Entonces por qué había estado cerrada? Se aproximó a la ventana. El polvo había sido removido. Alguien había despejado un espacio para mirar.

Miró hacia el parque. Desde allí podía distinguir a la mujer con el bebé que había ha lado con él. Ahora ella estaba con un hombre alto y delgado que cogía a la niña. El

padre del bebé. Salían del parque. Ferus barrió el parque con la mirada y el boulevard. Todos los demás también parecían normales. Nadie se movía rápidamente o manteniéndose debajo de los aleros. Si había algo sospechoso, no era evidente desde allí.

Sacó sus electrobinoculares y los apuntó hacia abajo. Desde allí se podía ver la verja claramente; incluso podía distinguir el punto de reparación. Si alzaba la mirada sólo una fracción, el espaciopuerto quedaba directamente en su línea de visión. Tenía una vista cercana de la plataforma principal de aterrizaje de tráfico galáctico, para las llegadas y las salidas. Podría distinguir el modelo de los cruceros. Podría ver a los pilotos, las insignias, banderas de otros planetas, suministros siendo descargados de los cargueros.

Ferus bajó sus electrobinoculares. El día que el bebé mostró potencial para la Fuerza, quizá había habido poco movimiento. O una agitación de actividad que había provocado que la atención del observador se desplazase hacia el parque. El observador habría notado que el bebé se movía para salvar a la cuidadora y lo habría gravado, quizá sólo para adornar un informe a fin de que un superior estuviese contento. El observador sabría, como un espía imperial, lo importante que era informar sobre alguien o sobre cualquier cosa.

El informe del bebé no era nada comparado con esto. Nadie en Alderaan podía entrar ni salir sin ser visto. Ferus sabía que todos los alderaanianos estaban obligados a pasar por el espaciopuerto principal antes de salir del planeta.

Ferus se inclinó hacia adelante. Acababa de ver que el polvo también había sido removido en el alféizar de la ventana. Afortunadamente no había borrado la impresión cuándo se había inclinado hacia adelante. Sólo podía distinguir algunas letras y algunos números, como si alguien los hubiera garabateado rápidamente en el polvo.

CCE... después una mancha. Después... 79244—12u712 Ferus aprendió de memoria rápidamente las letras y los números.

Sólo tenía que descubrir lo que significaban.

CAPÍTULO SEIS

Vader fue conducido a la oficina del Emperador inmediatamente. Sly Moore abrió la puerta y se retiró rápidamente, como si escapase de una explosión. No era una buena señal.

Su Maestro esperaba junto a la ventana, mirando la nave de lujo que se posaba en la plataforma de aterrizaje del Senado. En los primeros días del Imperio, los Senadores se aprovechaban del fin de las fastidiosas regulaciones de la República. Regulaciones que salvaguardaban la banca, de la avaricia de las corporaciones, la minería, las preocupaciones medioambientales... sólo habían impedido las escandalosas ganancias que podrían conseguir unos pocos a expensas de unos muchos. Ahora los Senadores podían explotar sus conexiones en favor de las grandes preocupaciones mineras y corporativas y, como consecuencia, eran más ricos que nunca. Era una manera en la que Palpatine aseguraba su lealtad.

—Tenemos que discutir la Operación Crepúsculo —restalló Palpatine—. Estoy cansado de excusas, me prometiste velocidad y eficiencia.

Vader tendría que ser cuidadoso.

—Estamos muy cerca —dijo Vader—. Menos de una semana. El primer paso de la fase final se realizará en algunos días.

—Debes ir a Alderaan —dijo Palpatine.

Nunca era una buena idea mostrar sorpresa. —Sí, Maestro. Mantuvo silencio, esperando órdenes.

—El Senador Organa es nuestro enemigo. A mis espaldas está tratando de congrega un grupo de Senadores para oponerse a la instauración de los Gobernadores Imperiales.

—Fallarán.

—Por supuesto —dijo Palpatine con voz áspera—. Yo controlo el Senado, pero su voz se oirá. Organa es un problema. Debemos adelantar nuestro plan. Debemos involucrarnos en Crepúsculo.

—Lo hemos intentado —dijo Vader.

— ¡Estoy cansado de fracasos!

—Sí, Maestro.

Palpatine ocultó las manos dentro de las anchas mangas de su túnica y se dirigió hacia una ventana diferente. —Ferus Olin está en Alderaan —comentó—. Trabajando en algo... poco importante. Persiguiendo sensitivos a la Fuerza, no puede hacer ningún daño. Pero vuestros caminos se cruzarán en Alderaan, sin duda.

—No sé por qué continúa ascendiendo a Olin —dijo Vader—. Sabe dónde tiene depositada su lealtad.

Su Maestro se giró para mirarle. Una mueca de diversión apareció en su cara. —Las lealtades cambian. Sin duda alguna tú eres prueba de eso.

— ¿Se pasará al Imperio?

Palpatine se dio la vuelta otra vez. —Hará lo que he previsto: ansía poder y control. Es poderoso en la Fuerza. Una decisión le espera.

Era un acertijo, sí, pero su significado estaba claro. Las sospechas de Vader eran correctas. Con su cuerpo destrozado él era una decepción. Su Maestro ascendería a Ferus hasta que Ferus desertase o hasta que Vader le destruyese.

La confrontación les aguardaba. Él ya había colocado la trampa matando a Roan Lands. Cuando Ferus se abalanzara sobre él, sería con furia, no con control. Él no sabrá cómo usar su cólera, pensó Vader. Será tan fácil. Las cosas fáciles no le satisfacían. Nunca lo habían hecho.

CAPÍTULO SIETE

Con la barbilla descansando sobre sus manos, Astri Oddo usó los dedos para mantener sus ojos abiertos. Había estado mirando datos durante seis horas seguidas. Eran las cuatro de la mañana, y todo comenzaba a estar borroso.

— ¿Quieres un poco más de esto? —Clive Flax agitó una bebida estimulante de proteínas el triple de fuerte en el aire.

Astri dejó que su cabeza cayese sobre el escritorio con un suave ruido sordo —Necesito dormir.

—Floja.

Astri giró la cabeza para mirar a Clive —Aquí no hay nada. Hemos comprobado cada registro que tenemos. Crees que Flame es un nombre en clave para Eve Yarrow. Hemos comprobado cada archivo de Yarrow, y no hay nada que la relacione con Flame.

— ¿No es eso extraño? —dijo Clive. Empezó a manipular la silla repulsora especial que Dex usaba cuando tenía que moverse rápido—. Sabemos que no está muerta. Sabemos que dejó su mundo natal, Acherin —hizo girar la silla para mirar de frente a Astri—. ¿No es extraño que ella simplemente... haya desaparecido?

—No —dijo Astri con cansancio—. No es extraño, Clive, es algo normal. Quiero decir que esta es la nueva versión de normalidad. Ella fue arrestada por el Imperio. Eve Yarrow tuvo todas las razones para desaparecer. Logró sacar toda su riqueza del planeta, y muy probablemente se compró una nueva identidad.

—Esa es otra pieza que no encaja —insistió Clive, haciendo lentos círculos en el aire con la silla—. ¿Cómo logró sacar toda su riqueza de contrabando de un planeta ocupado por el Imperio —después de que hubiese sido arrestada?

—Tal vez lo había preparado con anticipación. La mayoría de personas ricas tienen un plan de emergencia. Tal vez simplemente fue lista —Astri se encogió de hombros. Aun el pequeño movimiento la hizo sentirse cansada.

—O hay una conexión.

—Asúmelo, Clive —Astri cerró el holoarchivo del escritorio de Dex—. Hemos terminado. No nos quedan más registros que investigar. No hay nada más en lo que me pueda colar. Hemos llegado hasta donde hemos podido.

Clive saltó de la silla repulsora mientras esta seguía dando vueltas. — ¡Tienes razón! —fue rápidamente hacia la puerta.

— ¿Dónde vas?

— ¡A despertar a Keets!

Astri apoyó la cara sobre sus manos y suspiró. El tiempo se estaba acabando. El grupo tenía problemas para elegir el lugar del primer encuentro de Golpe Lunar, pero encontrarían la manera. Flame era una heroína para todos ellos. Clive era el único que sentía que algo no encajaba. Si él estaba en lo cierto —y Astri dudaba de que así fuera — todos los movimientos de resistencia de la galaxia podrían verse comprometidos.

¿Quién era Flame? Una gran heroína... ¿o un agente del Imperio?

Heroína... agente.

Heroína... agente...

— ¡Despierta, mi bella durmiente! —la voz de Clive hizo que se sacudiese y se golpease la barbilla contra la mesa. Había dado una cabezada—. ¡Tenemos trabajo que hacer!

Keets parecía tan adormilado como ella. — ¿Qué está pasando?

Clive le guió hasta una silla en el largo puerto de datos del escritorio de Dex y le sentó de un empujón.

—Estamos investigando a Flame. No se lo hemos dicho a nadie porque, bueno, en este momento, estamos un poco cortos de hechos.

—Quiere decir que no tenemos ninguno —dijo Astri.

—Quiere decir que básicamente seguimos mi intuición —explicó Clive—, la cual no me ha fallado nunca en el pasado.

Astri arqueó una ceja.

—Bueno, está bien, me ha fallado algunas veces, pero no importa. ¿No me dijiste que antes de que pasases a la clandestinidad habías sacado a la luz una enorme evidencia sobre el Clan Bancario?

Keets asintió. —Mi editor no lo publicó. Alguien le presionó. Así que lo dejé. Entonces el Imperio puso precio a mi cabeza. No fue un buen día.

— ¿Qué descubriste que asustó tanto al Imperio?

—Bueno, fue antes de que acabasen las Guerras Clon —dijo Keets—. El Canciller todavía necesitaba el apoyo del Senado. En ese entonces no le lamían el borde de su túnica exactamente. No como ahora —bostezó—. Así que descubrí que Palpatine había ayudado al Clan Bancario a desarrollar todo un sistema cuentas secretas para enormes corporaciones en un anillo de planetas. No estaban sujetos a ninguna contabilidad o impuestos. De esa manera Palpatine contaba con el respaldo del clan, así como el de las corporaciones más ricas de la galaxia. Por supuesto, ahora esto no es ninguna sorpresa. En aquel entonces, pudo haber cambiado algo. Le estaba costando billones de créditos a los planetas en renta perdida.

— ¿Crees que esas cuentas siguen existiendo? —preguntó Clive.

—Por supuesto —dijo Keets, restregándose los ojos—. La única diferencia es que ahora las controla Palpatine. Los créditos siguen entrando a raudales, y él no coge nada, pero sabe que están allí si los necesita. Es un plan de emergencia brillante.

—Entonces, si una persona rica quisiese esconder su fortuna, este sería un sistema perfecto.

—Seguro —ahora Keets parecía más despierto—. ¿A dónde quieres llegar? Tendrás que llevarme a hipervelocidad.

— ¿Estás diciendo que la riqueza de Flame —los créditos que ella sigue diseminando— están en realidad en cuentas controladas por el Imperio? —Astri miró a Clive, asombrada.

—No lo sé —dijo Clive—. ¿Pero no sería buena idea descubrirlo? Mira, si es Eve Yarrow, significa que dejó Acherin con una inmensa fortuna. No podría simplemente entrar en cualquier banco de la galaxia y depositarla sin que alguien informase de ello.

—Hay muchísimos lugares en la galaxia para esconder riquezas —señaló Astri.

—Claro, para los criminales —dijo Clive—. ¿Pero qué pasa con los ciudadanos honrados? ¿Cómo podrían hacerlo sin la ayuda del Imperio? Es una galaxia enteramente nueva, preciosa mía. El ojo del Imperio está en todas partes.

Astri sacudió la cabeza. —Estás saltando de nuevo hacia conclusiones precipitadas.

— ¡Entonces saltemos! No tenemos tiempo de quedarnos aquí —declaró Clive. Se volvió hacia Keets—. ¿Todavía guardas tus notas?

—Claro. Cargué todo en el banco de datos de Dex. Está intentando reunir toda la información que pueda para que cualquier resistencia tenga una biblioteca de datos a la que acceder una vez que iniciemos realmente la organización —dijo Keets.

— ¿Puedes rastrear los activos de una corporación específica? Astri no pudo. Está enterrado.

—No, ha desaparecido —dijo Astri agudamente—. Si sólo estuviese enterrado, lo habría encontrado.

—Estoy seguro de que el Imperio lo borró. Pero tengo los registros de antes de que las Guerras Clon acabaran oficialmente —dijo Keets—. Podría descubrir algo. Industrias Yarrow, ¿verdad? —se colocó ante el puerto de datos. Sus dedos se movían a través de holoarchivos mientras buscaba. Clive tamborileó con los dedos en el escritorio.

—Allá vamos. Las operaciones de Industrias Yarrow se trasladaron cerca del final de la guerra a Niro 11. Es una luna en órbita alrededor del planeta Niro, el cual una vez fue propiedad del Clan Bancario.

Astri se inclinó hacia adelante. — ¿Dice quién autorizó el traslado?

—No, simplemente que fue autorizado. Algún alto cargo imperial, estoy seguro.

Astri leyó sobre el hombro de Keets. —Espera un momento. Esa es codificación estándar de seguridad bancaria. Podría ser capaz de entrar en los registros.

Keets se hizo a un lado, y ella se sentó al ordenador. Sus dedos volaron mientras se concentraba, bien despierta ahora. En pocos minutos, dejó escapar un silbido. —No puedo colarme, pero puedo ver que la cuenta está activa. Aquí hay niveles de código privado. Un disparador que se activa si se accede desde el exterior. Enviará una alerta.

— ¿Qué pensáis? —preguntó Clive.

Astri giró en su silla. —Creo que nos vamos a Niro 11.

CAPÍTULO OCHO

Ciertamente la visión de miles de flores amarillas entre la hierba era asombrosa. Cuando el parque surgió a la vista, Ferus se detuvo simplemente para contemplarlo. Era como un mar azul, verde, y dorado que ondulaba en olas causadas por la brisa, cada temblor revelando otra vívida tonalidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Hydra junto a él.

—Las flores —dijo Ferus, todavía visualmente aturdido.

—Oh. Eso —ella continuó caminando, sin detenerse ni un poco—. Empezaré a entrevistar a los padres.

Él había intentado deshacerse de ella, pero no pudo encontrar ninguna excusa plausible para mantener a Hydra alejada. Ella había investigado el parque y se había enterado del festival, y por supuesto los dos podrían cubrir más terreno de lo que un sólo Inquisidor podría.

El parque estaba lleno de niños, como si la ciudad de Aldera hubiese reunido a todos sus jóvenes en este área. Niños corriendo, niños gritando, niños recogiendo cestas de las flores acampanadas. Mientras entraban en el parque, uno de ellos, una niña encantadora con rizos de oro, echó un puñado de flores al aire a modo de saludo. Las flores doradas cayeron sobre la capucha marrón de Hydra. El disgusto en la cara de Hydra habría sido cómico si todo aquello no fuese tan serio.

—Será difícil seguir el rastro a todos estos niños —dijo Ferus.

—Ese es nuestro trabajo —dijo Hydra.

Ferus no podía aguantar por más tiempo la compañía de Hydra. —Separémonos, así podremos cubrir más territorio —sugirió él. Ella se alejó.

Ferus invocó la Fuerza para ayudarle a ralentizar el tiempo y afilar sus percepciones. Era un estado de alerta que estaba muy cerca de la mente de batalla. Ahora en lugar de una masa indistinguible de caras felices podía diferenciar un individuo de otro. El ávido niño que no podía dejar de masticar sus magdalenas mientras recogía más flores, la pequeña niña sentada con un montoncito de flores en su regazo, la cuidadora que tejía las flores en una corona para la silenciosa y observadora niña que tenía al cargo.

Una niña pequeña llamó su atención, un destello de luz en su pelo tan pálido que parecía del color de un rayo de luna. Recogía puñados de pétalos y los esparcía mientras corría. Una niña más pequeña la seguía, imitando sus movimientos. Aunque sólo era un bebé —no debía de llevar andando mucho tiempo— corría en amplias vueltas a través de la larga hierba, sin la inestabilidad habitual de una niña de su edad. Mientras Ferus observaba, un juguete, un modelo de caza estelar, voló hacia la niña. Ella lo cogió con su mano y lo lanzó de nuevo, corriendo en círculos de la misma forma que corría antes. Mientras corría atrapó el juguete de nuevo y lo arrojó con efecto esta vez, giró y fue hacia ella de nuevo.

No era fácil. Equilibrio y reflejos extraordinarios para alguien tan joven. Un observador meramente pensaría que era... precoz.

Avanzó, manteniéndose en paralelo. Mientras se acercaba más reunió la Fuerza a su alrededor y sondeó, pero no pudo sentir una respuesta de la Fuerza en la niña. Si tenía una conexión con la Fuerza, él no podía sentirla. Pero no obstante sintió... algo. El instinto le erizó la nuca.

Estaban aproximándose a la escalera que subía hasta el farallón. La niña lo subió corriendo, siguiendo a la chica más alta de pelo pálido. Ferus las siguió.

— ¡Winter! —la niña gritó el nombre y la chica de pelo claro se dio la vuelta. La niña apuntó con el dedo directamente hacia la valla.

—Lo arreglaron —dijo la chica mayor.

Una joven delgada con trenzas enroscadas subió las escaleras rápidamente sobrepasando a Ferus. — ¡Aquí estáis, vosotras dos!

Ferus eliminó el ruido de la risa de niños, el viento en la hierba alta. Necesitaba oír esa conversación.

La joven puso su mano en el pelo de la niña y la acarició amablemente. —Sí, Leia. Yo también lo veo. Nadie se hará daño otra vez.

—Memily no caerá.

—No, florecilla. No caeré —la joven abrazó a la niñita.

¿Leia?

¿Era un nombre común en Alderaan? ¿Podría ser la niña la hija de Bail? Ferus buscó en su memoria. Había leído el archivo de los habitantes del palacio de camino a Alderaan. Winter era la compañera de juegos de Leia, que vivía con la familia real.

Aturdido, Ferus se alejó del grupo antes de que se fijasen en él. Así que Leia era la niña que había salvado a su cuidadora. Leia tenía una posible conexión con la Fuerza. Leia era la niña que buscaban los Inquisidores.

¿Lo sabía Bail?

Un nuevo pensamiento resplandeció en la mente de Ferus.

¿Lo sabía Obi-Wan?

¿Por qué si no habría sido tan insistente en que Ferus viajase a Alderaan?

Bueno, gracias, Obi-Wan. Quizá la próxima vez que me mandes a investigar, me darás todos los datos.

Ferus intentó quitarse de encima su molestia. Esto estaba más allá de sus propios sentimientos. Había un espía imperial en Alderaan, y la familia de Bail estaba en peligro.

Hydra fue hacia él, su túnica barría el suelo tras ella. Ferus notó cómo se movía directamente a través de la hierba, sin preocuparse por los niños, su cara impasible, nunca sonriente. Las madres y los padres del parque se habían fijado en ella, y Ferus vio cómo se acercaban a sus niños mientras Hydra pasaba por su lado.

Él le indicó que no se acercase a él y se dirigió hacia la salida. Era importante que no le vieran con ella.

En la salida para el parque, ella le alcanzó. — ¿Encontraste algo?

Él la miró, a sus ojos oscuros, brillantes e impersonales como piedras. También tendría que proteger a la familia de Bail de ella.

—No —dijo él—, nada.

CAPÍTULO NUEVE

Más tarde ese día, Ferus dejó a Hydra en la oficina de Registros Oficiales. A regañadientes volvió al palacio. No tenía ni idea de lo que haría; no podía llegar y decirle Bail que temía por su familia, Bail pensaría que era un truco.

Atravesó la entrada oficial, por el camino serpenteante. Esta vez fue en una dirección diferente. Las flores dejaron paso a los árboles frutales, después a los vegetales en filas limpias. Ahora se encontraba en el jardín de la cocina.

Las puertas dobles se abrían hacia un pequeño patio de baldosas, y escuchó el sonido del horno y olió el pan recién hecho. Ferus entró.

La misma joven que había visto en el parque —Memily— llevaba ahora un largo delantal y un tocado colorido. Estaba frente a un mostrador, cortando fruta. A su alrededor había una cocina impoluta, una larga mesa de madera que tenía la longitud de la sala, suave madera pulida por los años de uso. Un mostrador tenía encima seis barras de pan caliente.

—Detente ahí mismo —dijo la joven sin darse la vuelta—. Seas quien seas, deberías saber que es mejor no invadir mi cocina cuando estoy horneando.

—Entonces no deberías dejar que el olor saliese al jardín.

Ella se giró, sonriendo, limpiándose las manos en el delantal. —Debe estar aquí por la reunión. Puede atravesar esas puertas y girar a la izquierda hasta los salones de recepción. Tenga —cortó una gruesa rebanada de pan y extendió sobre ella una mezcla de miel—. Llevaré un refrigerio a la reunión, pero puede escamotear un pedazo. Una rebanada, eso es todo.

Ferus le dio un mordisco al pan y dejó escapar un suspiro. —El mejor de la galaxia —alabó.

—No me comprará con adulación.

—No pensé que pudiera.

Él masticó el pan, observando los rápidos y eficientes movimientos de Memily mientras ella picaba la fruta y la colocaba en pequeñas conchas de repostería.

—Para los niños —dijo ella—. Las llaman “cestas de Memily” —sonrió—. También he visto al Senador Organa escamotearlos.

—No le culpo —dijo Ferus—, la familia parece muy unida —añadió.

—Oh, sí, es un placer trabajar aquí. Los niños llenan la casa de risas. Yo tengo tarea doble, ya sabe, y les vigilo algunas veces simplemente por el placer de hacerlo. Es una familia real, pero nunca lo diría. Aquí no hay protocolo. La Reina ha estado muchas veces aquí en la cocina, amasando pan conmigo. Leia, también. Quieren que crezca bien, ya sabe. Fuerte y segura, pero sabiendo que es afortunada por tener tanto. Hay que empezar temprano. Cuando ella llegó, fue un golpe de suerte. Sabíamos lo triste que había estado la Reina.

Ferus asintió, pero no estaba seguro de lo que quería decir Memily. —Ha debido de ser duro, verla así —dijo él. Algunas veces un comentario neutral sacaba información que no conseguirías con una pregunta.

—Ella quería tener niños. No estaba destinada a ello. Pero llega un recién nacido y se convierte en el niño que tenías que tener. Leia ha sido un gran regalo para la familia.

Leia era adoptada. Las noticias asombraron a Ferus. Y Leia había sido un recién nacido cuando llegó allí, lo que quería decir que había sido adoptada al final de las Guerras Clon. Eso tenía sentido: la guerra había creado muchos huérfanos.

Ferus se dispuso a marcharse. —Gracias por el pan.

Memily sonrió a modo de despedida y él dejó la cocina.

Ferus se encaminó hacia el ala pública de la casa, donde Bail le había recibido anteriormente. Se encontró en un vestíbulo ancho y escuchó el murmullo de voces. Se aproximó, intentando centrarse en los sonidos. Normalmente habrían sido indistinguibles, pero él usó la Fuerza.

—... lo rechacé porque pienso que es demasiado pronto —dijo Bail—. Breha está de acuerdo conmigo.

—Entiendo su manera de pensar. Alderaan siempre puede unirse a un movimiento de resistencia una vez que esté bien establecido. No hay necesidad de ponernos en peligro.

—Esa no es la razón, Deara —habló entonces Breha—. Compartiríamos el riesgo si sintiésemos que es el momento. Esa no es la cuestión. Si no están de acuerdo, por favor decídnos. Apreciamos su opinión.

—Estoy de acuerdo con vos y con Bail, Breha. Pero hay algo más. Algo preocupante que he oído. Hay muchos en Aldera que sienten que deberían formar un movimiento de resistencia. Y prepararse para la invasión, si se produce. Sienten que deberíamos reexaminar nuestra política de armas a la luz de lo que está ocurriendo en otros planetas. ¿Qué ocurriría si Alderaan es invadido?

—Si Alderaan es invadido difícilmente podemos esperar derrotar a las fuerzas del Imperio —dijo Bail—. No tenemos armas, ni naves de ataque.

—Pero las personas sienten que querrían defenderse a sí mismas.

—Si superamos las Guerras Clon sin armarnos nosotros mismos, podemos superar al Imperio —dijo Breha, su tono agudo.

—Por supuesto. Sólo repito lo que he oído.

Ferus oyó el sonido de botas apresurándose por el vestíbulo. Retrocedió y se ocultó detrás de una esquina.

— ¡Raymus Antilles! —era la voz de la Reina—. Empezamos la reunión sin ti, pero podemos...—

—Tengo noticias.

Las puertas se cerraron detrás de Raymus. De repente Ferus no pudo oír nada. Se acercó sin hacer ni un ruido. Su respiración se ralentizó; sus movimientos eran rápidos pero completamente silenciosos. Ni un susurro de tela, ni un roce contra una pared, ni siquiera una perturbación en el aire. Ferus cerró los ojos. Dejó que la Fuerza le guiase. Los ruidos del palacio llegaron a él, sonidos que aun no había registrado, sonidos que no había escuchado. Una conversación en el jardín. Memily cerrando la puerta del horno. Un insecto detrás de un muro...

La puerta era de madera, y había una nueva barrera detrás de ella... algo para amortiguar el sonido. Muy probablemente duracero. Pero el duracero era ligeramente poroso. Estaba hecho de partículas, como cualquier otra cosa, como la tela, como la madera. Y a través de esos espacios él podía introducirse, toda su atención, todo enfocado en el sonido.

Raymus: Ha aterrizado en el espaciopuerto. Estará aquí en breves momentos.

Bail: Esto no es inesperado. Palpatine iba a enviar a su ejecutor tarde o temprano. La pregunta es ¿qué es lo que quiere?

Reina Breha: ¿Qué deberíamos hacer?

Raymus: Deben recibirle, por supuesto. Pero Bail, si tiene un mensaje para Mon Mothma, dímelo ahora. Todavía puedo salir inadvertido y llegar al Tantive. Si tiene autorización del Emperador para investigar no encontrará nada.

Bail: Aquí. Toma esto.

Raymus: Podrían clausurar nuestra plataforma de aterrizaje, nuestros hangares... podrían encarcelar a Bail...

Breha: No se atrevería.

Raymus: Se lo han hecho a otros.

Breha: Debemos dar la apariencia de cooperación. Debemos evitar un Gobernador Imperial cueste lo que cueste.

Bail: Vete ahora. No viajes a Coruscant directamente, dirígete hacia el espaciopuerto de TerraAsta y piérdete en el intenso tráfico galáctico de allí.

De repente, Ferus sintió surgir el Lado Oscuro de la Fuerza. Era un sentimiento al que ahora estaba acostumbrado. Normalmente era seguido por el chasquido de una capa y el ruido de una máscara respiratoria. Darth Vader había llegado.

Siguiendo ahora su conexión con la Fuerza, Ferus se dirigió a través de los soleados pasillos hacia la parte trasera del palacio. Vio a Vader inmediatamente. El Lord Oscuro caminaba a grandes pasos directamente a través del jardín, aplastando todo bajo sus botas.

Era hora de retrasarle. Ferus tenía que darle una oportunidad a Raymus de escapar.

Encontró un ventanal del techo al suelo que abrió deslizando silenciosamente con un movimiento de su mano sobre el sensor. Vader miró hacia él mientras salía a una terraza de piedra.

—Lord Vader —dijo Ferus, cruzando para saludarle. Miró hacia abajo señalando las plantas, retorcidas y aplastadas, a los pies de Vader—. Haciendo su trabajo habitual, veo.

—¿Por qué estás aquí? —exigió saber Vader.

—Necesitaba permiso del Senador Organa para buscar en archivos clasificados —dijo él.

—No necesitas permiso —dijo Vader.

Detrás de Vader, de repente vio un destello de blanco, un borrón rosado. Winter y Leia atravesaron corriendo una fuente en el extremo más alejado del jardín.

Sus latidos se aceleraron, pero sabía que Vader podría detectar cualquier nerviosismo, así que usó su entrenamiento para desacelerar su pulso. Necesitaba distraerle, sin embargo. Si de hecho Leia tenía una conexión con la Fuerza, Vader podría sentirla.

—La investigación está yendo bien —dijo él—. La Inquisidora Hydra está en la oficina de Registros Oficiales ahora mismo.

Vader hizo un gesto de impaciencia.

—Pero estoy seguro de que concluiremos esta investigación pronto —continuó Ferus—. Nuestra siguiente parada es Mustafar —añadió.

Vader no se movió. No dejó traslucir sorpresa, pero Ferus la sintió. Por primera vez, había penetrado en la máscara de Vader. Supo que le había desequilibrado. Si hubiesen estado luchando, esto habría contado como el primer contacto, la primera maniobra agresiva que sorprendería a su adversario.

Detrás de Vader, vio a Breha sacar rápidamente a las niñas del jardín.

—Esto es un desperdicio de mi tiempo —dijo Vader—. Como siempre —pasó al lado de Ferus empujándole. Ferus no se sintió insultado. En absoluto. Mustafar. Amie

había estado en lo cierto. Lo que le hubiese ocurrido a Vader había sido allí y ahora sólo tenía que averiguar el qué.

CAPÍTULO DIEZ

¡Mustafar!

¿Qué había querido decir Olin? ¿Qué sabía?

Vader podía sentir su pulso expulsando el aliento a través de su máscara más rápidamente. Pequeñas explosiones de aire resonaban en sus oídos. ¡Cómo deseaba deshacerse de esa máscara, quitarse esa armadura, y recuperar el cuerpo que poseyó alguna vez! Las piernas firmes y los brazos, los movimientos fluidos, la habilidad para tirarse al suelo en hierba del prado junto a Padmé...

Alto.

No permitiría esos pensamientos.

Por un momento había pensado en Naboo. Casi había recordado un día con Padmé.

Las memorias eran más oscuras, pero no se habían ido. Todavía podían administrar un disparo fresco de agonía si volvían.

Necesitaba la droga de memoria de Zan Arbor. Tan pronto como hubiese acabado con Organa, volvería a Coruscant y sacudiría a esa mujer como un perro de batalla Nek con un hueso hasta que trabajase día y noche para perfeccionarla.

Se desharía de los recuerdos. Y se desharía de Ferus Olin. El plan estaba en marcha.

* * *

Bail le dio la espalda al monitor de seguridad, donde Darth Vader y Ferus Olin habían estado conferenciando. Demasiada actividad Imperial en su planeta. Hasta ahora el Emperador le había tratado más como un insecto molesto que como una auténtica amenaza. Eso había favorecido sus propósitos. Pero ahora el Imperio se estaba consolidando, el Emperador se había fijado en Alderaan. Definitivamente no eran buenas noticias.

Vader había entrado al complejo usando la entrada familiar, dirigiéndose directamente hacia el ala privada de la familia. Lo había hecho deliberadamente, simplemente hacerle saber a Bail que no había nada en ese complejo real de lo que Vader no estuviera al tanto. Quería que esa visita pareciera una invasión.

Bail cerró el panel de la pantalla de seguridad y dejó su oficina rápidamente. Decidió reunirse con Vader directamente.

Caminó sin apresurarse hacia las dependencias traseras de palacio, las habitaciones privadas de la familia que Vader había contaminado con su presencia. Ya había enviado a Brea a mantener a Leia fuera de la vista junto con los otros niños. Él permanecería entre Vader y su familia y su planeta natal. No dejaría que entrase la corrupción.

El Señor Oscuro acechaba en la antecámara que ellos usaban por las mañanas y las tardes porque la luz de la puesta de sol la hacía resplandecer como una flor. Bail no podía soportar verlo allí.

—Lord Vader, si me sigue hasta la sala de audiencias —dijo fríamente.

Vader ignoró la petición. —Ha llegado a mis oídos que está organizando una protesta en contra de la instauración de los Gobernadores Imperiales.

—Es el derecho de cualquier Senador votar en contra de las medidas adoptadas por la mayoría.

—Está tratando de organizar un bloqueo electoral.

—Estoy en todo mi derecho de hacerlo.

—No pensaría eso si se le acusara de traición y se le arrojara a una prisión imperial.

—No se atrevería —dijo Bail—. El Senado puede estar controlado por el Imperio, pero todavía existe. No puede acusar a un Senador de traición por seguir las reglas de procedimiento.

—Las reglas han cambiado —dijo Vader.

—No he sido informado.

—En este momento está teniendo lugar una sesión especial. Retire su bloqueo electoral o el cargo de traición se mantendrá.

La frustración y la cólera bulleron en Bail. No importaba cómo se retorciese y girase, los muros se estaban cerrando sobre él. Vio un futuro donde el Senado dejaría de existir. La justicia y la razón morirían con él.

—Debería añadir que el Emperador ve la necesidad de un Gobernador Imperial aquí en Alderaan.

Bail se puso tenso. —Alderaan no necesita un Gobernador Imperial. Tenemos una sociedad estable. No hay ningún riesgo para el Imperio. No tenemos armas.

—Lo que tiene es insubordinación. El Gobernador Imperial llegará en dos días.

Vader se dio la vuelta y se fue como había venido, a través las anchas puertas y pisando la hierba, atrochando a través del pisoteado jardín en su camino hasta la entrada familiar.

Sólo entonces Bail se permitió temblar. Puso una mano detrás de él y lentamente se hundió en una silla.

Las cosas estaban cambiando demasiado rápido. Había fallado en ver el siguiente paso del Emperador. Tenía que ser más rápido.

Tenía que conferenciar con Mon Mothma.

Recordó a la imponente mujer que había ido a su oficina... Flame. Había sido vetada por las personas cercanas a él. Ella era la clave. Estaba uniendo a los miembros de la resistencia, planeta por planeta. Lo que había hecho hasta ahora era impresionante.

Alderaan no podía resistir a solas. Necesitaría aliados. Aliados secretos. Especialmente si enviaban un Gobernador Imperial. Deara le dijo que había algunos que estaban reconsiderando el uso de armas. Si había uno pocos, pronto habría más.

Golpe Lunar podría ser una salida para Alderaan. Una confederación de planetas les daría apoyo. Si él y los otros Senadores se unían, sería una alianza política y bien cimentada, y eso podría ser potencialmente poderoso. Le había enviado un mensaje a Mon Mothma con Raymus Antilles, pidiéndole que se reuniese con Flame.

Tal vez era el momento, reconsideró. Tal vez era hora de unirse a Golpe Lunar.

CAPÍTULO ONCE

Zan Arbor tenía uno de los apartamentos que ocupaban todo un piso, en uno de los niveles superiores de la torre. Trever permaneció en frente de la puerta pasando los dedos por los bordes. Un pequeño y discreto explosivo volaría la cerradura. Pero tenía que cubrir su rastro, no podía dejar pruebas de que había estado allí.

Tenía una solución para eso, un truco que había usado anteriormente en Bellassa. Oculta dentro de su túnica llevaba una variedad de artículos que le ayudarían a reemplazar la carcasa del sensor que cerraba la puerta. Incluso en edificios de alta seguridad las auténticas cerraduras de las puertas eran normalmente bastante básicas. El truco era no usar demasiada carga alfa para dañar la puerta.

Nunca había perfeccionado la técnica exactamente.

Sin embargo, había aprendido algunas cosas de Ferus. Una, tenías que creer que podías hacerlo. Dos, tenías que ser muy, muy cuidadoso. Tres, siempre podías correr.

Con cuidado, Trever manipuló su carga alfa, estimando la potencia que necesitaría. Sacó algo de sintoexplosivo y adhirió el material gomoso a lo largo de la batiente de la puerta. Entonces insertó la pequeña carga alfa en ello.

Estableció la carga y se retiró.

Una pequeña explosión, una leve bocanada de humo. Sonó bastante bien.

Trever se inclinó para examinar su trabajo. Aunque estaba ansioso por entrar, sabía que tenía que arreglar la cerradura en ese momento, por si acaso era sorprendido más tarde por alguien que entrara en la suite. Posiblemente podría salir mediante su labia, pero no si había una puerta estropeada entre él y la libertad. El primer error que un ladrón podía cometer era la impaciencia.

Extendió sus herramientas por el suelo y se puso a trabajar. En tres minutos había reemplazado la pequeña carcasa del sensor que controlaba el mecanismo de cierre, había lijado el borde de metal y lo había pulido. Tendrías que mirar muy de cerca para ver el trabajo.

Rápidamente volvió a colocar sus herramientas en su bolsita y la acomodó dentro de su túnica. Estaba listo para registrar el apartamento.

Primero lo inspeccionó de arriba abajo, comprobándolo todo. Había un gran salón con una ventana por la que se veían las atestadas rutas espaciales de la Ciudad Galáctica. Una terraza enorme. Comprobó el mecanismo y vio que la ventana se introducía en el techo para que la terraza fuese accesible desde el salón. No había plataforma de aterrizaje, sin embargo. Eso significaba que ella tenía que usar una de las muchas semiprivadas que coronaban el edificio. Había una red de turboascensores que llevaban a los más exquisitos directamente hasta sus puertas.

Con todo, era bastante ostentosa.

Había una pequeña habitación sin ventanas al fondo que Trever asumió, podía ser usada como un pequeño armario o una oficina. En su lugar, habían metido una cama. Vio una túnica marrón perfectamente doblada sobre una pequeña mesa y un ornamento para el pelo con una pequeña piedra blanca. Esa era la habitación de Linna Naltree. Naltree había salvado su vida cuando estuvo casi paralizado de miedo (de acuerdo, ahora podía admitirlo, totalmente paralizado) en lo profundo de una fabrica bajo el control imperial en Ussa. Le debía una.

Volvió al dormitorio. Todos los armarios estaban empotrados. No le costó mucho encontrar el datapad de Zan Arbor. Este era más grande que un datapad personal, y más pesado. Allí era donde guardaría la mayor parte de sus archivos, supuso él, accediendo a ellos cuando lo necesitaba y almacenándolos en un modelo más ligero que llevaría con ella.

Ojeó el holodirectorio, pero todos los archivos estaban codificados. Él no tenía la experiencia de Ferus o de Astri, así que ni siquiera intentó descodificarlos.

Trever oyó un ruido en el otro cuarto que reconoció instantáneamente —la puerta de la terraza acababa de alzarse. Alguien debía de haber entrado al apartamento sin que él lo oyera, lo cual era espeluznante porque había estado prestando atención todo el tiempo.

Trever se caló su gorra. Intentaría salir sin ser visto... pero si le veían, tendría que usar su labia para escapar. Cogió la carga alfa más pequeña que tenía y la sostuvo entre sus dedos. Había salido de situaciones difíciles con anterioridad lanzando la carga. La carga era tan pequeña que no hacía ruido, pero el susurro del humo y el olor habían convencido a la gente de que había un fuego eléctrico en curso. Trever fingiría entonces ser el asistente del hombre de las reparaciones, enviado a comprobar el problema.

Sigilosamente, Trever fue de puntillas hasta la puerta del dormitorio. Miró a con cuidado hacia el salón. No vio a nadie, pero debía de haber alguien allí. La gran ventana había desaparecido dentro del techo. Sintió una leve brisa.

Esperó, pero no escuchó ni un ruido. ¿Podría tener a ventana un temporizador?

Esto le estaba poniendo de los nervios.

Con mucho cuidado se movió lo suficiente para ver un poco más dentro de la habitación.

Nada.

Manoseó la carga alfa. Tendría que usarla. La lanzó con delicadeza sólo unos cuantos metros en la habitación y retrocedió.

Nada. Ni humo, ni olor.

Estaba defectuosa. Genial.

Tendría que inventarse algo para salir. A menos que no hubiese nadie allá afuera...

Nadie podía estar tan quieto.

Trever salió de la habitación. No había nadie.

Dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. Había visto suficiente. No era necesario tentar a la suerte.

Miró a su alrededor buscando su carga alfa defectuosa. ¿Dónde la había lanzado, exactamente?

Captó una sombra a su izquierda, sintió que alguien se giraba, saliendo de ninguna parte, en modo de ataque. Sacó su desintegrador, sabiendo que era demasiado tarde.

El desintegrador salió despedido de su mano. Trever se quedó sin aliento cuando se giró y vio a Ry-Gaul frente a él, con la carga alfa de Trever en su enorme mano.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Trever furiosamente.

La habitual expresión neutral de Ry-Gaul no se alteró. —Tu primero.

—Ferus me pidió que monitorizase las idas y venidas de Zan Arbor—

—Esto no es monitorizar. Es forzar la cerradura y entrar.

—Sólo he dado un paso más allá, eso es todo. Pensé que si podía echarle un vistazo al datapad de Zan Arbor... bueno, está codificado.

—Era de esperar.

—Ferus necesita un plan si quiere rescatar a Linna cuando regrese. Tiene que haber una forma de sacarla de aquí.

—La hay.

— ¿Cómo?

Ry-Gaul se movió rápidamente a través del cuarto, sus ojos plateados absorbiéndolo todo. —Aún no lo sé.

—Vale, tu turno. ¿Por qué estás aquí?

—Tobin Gantor ha escapado del Imperio.

— ¿El marido de Linna?

—Su marido y mi amigo. Está aquí en Coruscant. Contactó conmigo. Linna logró enviarle un mensaje en un canal secreto. Zan Arbor está trabajando en un agente de memoria. Cuando lo perfeccione, va a administrárselo a Linna como su primer sujeto adulto.

Trever dejó escapar un largo silbido. —Bonita forma de dar las gracias. ¿Cómo de cerca está Z.A. del final?

—No tenemos forma de saberlo, pero Linna cree que están cerca.

—Entonces tenemos que rescatarla —dijo Trever—. No podemos arriesgarnos a esperar a Ferus.

— ¡Qué nosotros! Yo trabajo solo.

Trever sacudió su cabeza. —Esta vez no.

Ry-Gaul le miró un momento. —Está bien —dijo él. Volvió hacia el dormitorio otra vez.

— ¿Qué estamos haciendo?

—Regla número uno cuando tienes un rehén —dijo Ry-Gaul—. Nunca sigas una rutina. Zan Arbor va a llegar esta tarde a una de esas plataformas de aterrizaje, y vamos a estar en ella. Podemos coger a Linna y escapar. Si todo va bien.

Se sentó en el puerto de datos de Zan Arbor. —Los archivos de trabajo tienen capas de codificación, pero apuesto que las instrucciones de dónde aterrizar están redirigidas a través del sistema de la torre República. Vamos a colarnos en él.

— ¿Sabes cómo hacerlo?

—Los Jedi tienen muchas habilidades.

Trever observó mientras Ry-Gaul trabajaba con el teclado. Sacó un esquema de las plataformas de aterrizaje del hotel. —Esa, creo —murmuró—. Nivel 1010. Lado este. Tendremos vía directa hacia una ruta espacial principal. Podemos perdernos entre el tráfico —pulsó varias teclas—. De acuerdo, entonces. Cuando Zan Arbor regrese, tendrá nuevas indicaciones diciéndole dónde aterrizar.

— ¿Y? —preguntó Trever.

Ry-Gaul se puso en pie. —Estaremos esperando.

CAPÍTULO DOCE

Clive no podía evitarlo. Se estaba divirtiendo. Había sido él quien sugirió que Astri fingiese ser su esposa cuando se infiltraron en el sistema bancario de Niro 11. Ella había sabido que era la mejor estrategia, pero no podía ocultar su incomodidad.

Tenía sentido fingir ser una rica pareja buscando un lugar seguro donde esconder el botín que estaban ocultando de las autoridades fiscales de su planeta natal. Pasarían el escrutinio y accederían al santuario interior del banco, donde una vieja fuente de Keets había aceptado reunirse con ellos.

Llegaron al espaciopuerto con una lluvia intensa. Ya habían obtenido autorización mientras estaban a bordo del crucero de lujo y les llevaron inmediatamente a bordo de un transporte aéreo privado con un piloto uniformado. Tan pronto como estuvieron sentados presionó una palanca y apareció una bandeja con una variedad de refrigerios.

—Sírvanse ustedes mismos —dijo él—. Llegaremos al Banco de Niro Once en doce punto dos minutos.

Clive se recostó contra la cómoda tapicería. —Podría acostumbrarme a esto. Oye, ya lo estoy.

Astri miró con tensión por la ventana a la lluvia constante. —Ser rico no es tan fantástico como piensas.

—Oh, es cierto, estabas casada con un político —dijo Clive—. Debió de ser una vida fácil.

—Fácil —repitió Astri. Volvió sus oscuros ojos hacia Clive y le dedicó una mirada de tal tristeza que detuvo la broma en sus labios.

No dijeron nada durante el resto del viaje. Aceleraron sobre un mar gris helado, tan vasto que no podían ver sus bordes, y se dirigieron hacia un grupo de edificios altos, cada uno con un capitel de un color diferente en la parte más alta.

—Su reunión es en el Edificio Amarillo —dijo el conductor—. Tendrán una escolta en la plataforma de aterrizaje. Que tengan una estancia agradable.

Hizo descender la nave suavemente en una plataforma de aterrizaje debajo de un dosel. No les tocó ni una gota de lluvia mientras salían. Su escolta esperaba: una mujer alta y angulosa vestida con una larga túnica blanca. Ella inclinó su cabeza.

—Señor y Señora Telstarr —dijo ella—. Herk Bloomi está esperándoles.

Les condujo hasta un turboascensor y este ascendió rápidamente. Clive miró cómo pasaban los niveles brillando. Se detuvo en el nivel trescientos diez.

Salieron a una vista panorámica del lago plateado y el cielo gris. Allí arriba la lluvia se había convertido en cristales endurecidos que repiqueteaban en el transpariacero. Les llevó hasta un sofá lujoso y les dejó allí. El aire estaba frío y Astri tembló.

—No me gusta este lugar —dijo ella—. Hay una mala sensación alrededor.

—Es la sensación de esos que tienen demasiado y quieren quedárselo todo para ellos —dijo Clive.

Momentos más tarde entró un hombre regordete, fastidioso y mayor. Su calva brillaba y sus botas relucían con lustre. —Señor y Señora Telstarr, encantado de conocerles. Herk Bloomi, director de nuevas cuentas en el Banco de Niro.

—Encantado de conocerle, camarada. Estamos buscando un lugar seguro para esconder nuestra considerable fortuna —dijo Clive—. Eso es lo que le gusta oír, ¿eh?

—Un momento. Activaré la cabina de privacidad. Nuestros clientes se sienten más seguros de ese modo.

Pasó su mano sobre un sensor y bajaron a su alrededor unas paredes curvas y transparentes, encajonándoles en una pequeña habitación dentro de la habitación. Apretó un botón y las paredes adquirieron un tenue resplandor.

—Podemos ver lo de fuera, pero nadie puede ver lo de dentro. Y esto bloquea dispositivos de vigilancia. Privacidad completa, pero deberíamos ser breves —dijo Herk.

—Gracias por recibirnos— dijo Astri—. Keets Freely dijo que había accedido a ayudar.

—Soy un banquero —dijo Bloomi—. Un banquero cree en ciertas cosas: la santidad de la riqueza, el derecho a la privacidad. No estoy de acuerdo con lo que está haciendo el Imperio. El futuro financiero de la galaxia depende del derecho de los ricos a proteger sus cuentas. Ahora nos están pidiendo transmitir detalles de depósitos y retiradas semanalmente a un investigador imperial —se estremeció—. Es algo terrible.

Clive no podía creerlo. El Imperio estaba aplastando sociedades enteras y este tipo se preocupaba por la pila de créditos de alguna rata gorda.

Astri le lanzó una mirada que le decía que se estuviera callado. Ella se inclinó hacia adelante y preguntó suavemente —¿Entonces nos ayudará?

Él se lamió los labios nerviosamente. —Keets dijo que necesitaban detalles de una sola cuenta...

—Sólo una. Nos ayudará enormemente —dijo Astri—. Estará haciéndole un gran servicio a la galaxia.

—La desconsideración del Imperio por las normas me ofende —dijo él—. Esa está la única razón por la que violaría la privacidad de un cliente... y dicen que están intentando ayudar a esta persona...

—Claro que sí, camarada —dijo Clive—. Es un asunto de vida o muerte. Y de dinero.

—De acuerdo entonces —Bloomi presionó un botón en el brazo de su sillón y apareció un pequeño datapad del interior. Presionó las teclas. —Industrias Yarrow trasladó sus cuentas fuera de su planeta cerca del final de las Guerras Clon.

—¿Quién trasladó las cuentas? —preguntó Clive.

—Al principio, Evin Yarrow, la autoridad principal de Industrias Yarrow. Después de su muerte, su hija Eve completó el traslado. Fue por orden imperial. Eso les ocurrió a muchos de nuestros clientes durante esa época.

—Así que aunque el Imperio trasladó la cuenta, ¿ella todavía la controla?

—Oh, así es. Ella pidió que codificáramos la cuenta Yarrow con números en lugar de nombres. También borramos toda evidencia de relaciones con Acherin.

—¿Todavía está la cuenta activa? —preguntó Astri, si bien ella sabía la respuesta.

—Oh, sí. Pagos regulares —Bloomi revisó la pantalla—. De hecho, los pagos han estado aumentando últimamente.

—¿A dónde se transfieren los créditos? —preguntó Clive.

—A una cuenta numerada en Revery. ¿Conocen el planeta? Muchos de nuestros clientes tienen su hogar allí.

Clive asintió. Nunca había estado allí, pero ciertamente había oído hablar de Revery. Era un notable lugar favorito de los súper ricos. Era conocido por sus playas y montañas... y también para su privacidad.

—¿Puede conseguirnos las coordenadas de Eve Yarrow en Revery? —preguntó Clive.

—No —dijo Bloomi agachando la cabeza—. No, eso no es accesible. Las direcciones son estrictamente privadas.

—Pero dijo que el Imperio viola la privacidad de sus clientes —dijo Astri—. Que comprueban los números con los nombres... así que si hacen eso, debe tener la información en sus archivos.

Chica lista, pensó Clive.

—Se lo dije, sólo puedo llegar hasta aquí —dijo Bloomi. Levantó la cabeza. Clive vio miedo en sus ojos—. ¿Les di el planeta —no es suficiente?

Astri vaciló. —Suponga que somos clientes suyos, y necesitamos un momento para conferenciar. ¿No podría salir de la habitación de privacidad y dejarnos un momento? ¿Y tal vez olvidar apagar el datapad?

En sus ojos se veía su debate interno.

—Si prometemos no pedirle información nunca más —añadió Astri.

Clive quería presionar al tipo, pero sabía que sería un error. Finalmente Bloomi se levantó del sofá con los puños apretados. —Yo, eh, tengo que comprobar algo.

Presionó un botón y la pared transparente se deslizó hacia atrás. Aclarándose la voz nerviosamente, salió de la habitación. La pared volvió a su sitio.

Astri giró rápidamente el datapad para poder verlo. Pulsó las teclas. —Dejó abiertos los archivos codificados con su código de seguridad. Buen hombre. Aquí está la lista de transacciones... si voy a la información de contacto del archivo numerado... sí —murmuró Astri, satisfecha—. Memoriza estas coordenadas —Suavemente ella leyó en voz alta los números.

Clive asintió. —Lo tengo.

Astri miró afuera. La sala estaba vacía. —Bien, ya que estoy aquí... —pulsó algunas teclas más, buscando.

—¿Qué estás buscando?

—No lo sé. Cualquier cosa fuera de lo normal. Yo...—

De repente Clive vio que Bloomi entraba en la habitación con varios oficiales imperiales. —Apágalo —dijo suavemente, aun sabiendo que no podían escucharle.

Astri apagó el datapad rápidamente mientras la pared ascendía.

Había ahora un brillo de sudor en la frente de Bloomi. —Señor y Señora Telstarr, control de seguridad. Estrictamente rutinario.

Clive admiraba la entereza de Astri. Fingiéndose ser una ricachona, adoptó una mirada irritada. —¿Saben quiénes somos? —le siseó al banquero.

—Estrictamente rutinario, madam —contestó Bloomi. Clive reparó en que sus manos estaban temblando—. Sólo será un momento.

—Vamos, cabello de ángel, no retrasemos a estos caballeros —dijo Clive—. Éste es el precio que pagamos por una galaxia segura. Aquí tienen, señores —entregó su identificación y le indicó a Astri que hiciese lo mismo.

Con un leve fruncimiento de sus labios, lo hizo.

Clive esperó mientras el oficial al mando examinaba sus documentos con su datapad. Deseó poder echar un cubo de agua helada por la cabeza de Bloomi. El tío sudaba ahora copiosamente, el cuello de su túnica estaba empapado y los pocos cabellos que poseía pegados contra su cráneo.

Astri esperó con el aire de una mujer a la que no le gustaba esperar. Su entrenamiento como esposa de un Senador obviamente fue de gran ayuda.

El control estaba durando demasiado. Clive vio el momento en el que el oficial imperial registraba que algo no encajaba.

—Si esperan aquí sólo otro momento —dijo él.

—Nuestros negocios han concluido —dijo Astri—. Estábamos a punto de salir.

—Lo siento, tengo que insistir —el tono del oficial todavía era educado. No podía permitirse el lujo de alienarlos si realmente eran los fabulosamente ricos Telstarrs.

Los cuales no eran. Tal vez los auténticos Telstarr se habían dado cuenta de que alguien estaba usando sus identificaciones. Si bien Curran había usado su mejor contacto para los documentos, nunca podías confiar completamente en el mercado negro.

Estaban en problemas.

Los oficiales se alejaron para conferenciar. Probablemente en espera de un superior para decirles qué hacer.

—¿Creen que lo saben? —Bloomi se limpió la frente con la manga—. ¿Lo creen?

—¿Tiene un crucero con un hiperimpulsor? —le preguntó Clive en voz baja.

—Por supuesto. En mi negocio necesitas lo mejor... espere un momento. No estará sugiriendo...

—Deme el código de seguridad. Intentaremos devolvérselo si podemos. Algún día.

—No pueden simplemente... ¡marcharse!

—Me temo que tenemos que hacerlo. En otro minuto, ese oficial va a obtener una orden para arrestarnos —Clive mantuvo una sonrisa agradable en su cara y se reclinó en el sofá como si no tuviese ninguna preocupación en el mundo.

—Si eso ocurre, podrían arrestarle también —dijo Astri—. Pero si nos da su crucero, haremos que parezca que se lo robamos. Pueden declararse inocente.

—Simplemente no les diga a quién estábamos investigando, cueste lo que cueste —le advirtió Clive.

Bloomi se retorció las manos. —No sé qué hacer.

—Parezca natural —dijo Astri a través de su sonrisa—. Dígame el código.

Les dijo el código que necesitarían y donde encontrar el crucero. —¿Pero cómo van a llegar al turboascensor?

—Déjenos eso a nosotros.

—No van a utilizar desintegradores, ¿verdad?

Clive se levantó suavemente. —¿Mi consejo? Agáchese.

—Déjame a mí ir primero —le dijo Astri, y antes de que él pudiese protestar, ella avanzó hacia los oficiales.

—Esto es absurdo —dijo ella—. Nuestro vuelo está a punto de partir. ¡Exijo ver a su oficial superior!

—En realidad debemos marcharnos —dijo Clive, cogiendo a Astri por el codo.

El oficial dio un paso adelante. —Señor, no pueden irse—

Siguieron avanzando hacia el turboascensor. El oficial ahora estaba nervioso. Todavía existía la posibilidad de que la confusión de identificaciones fuese simplemente un fallo en las comunicaciones. No tenía muchas ganas de hacerse responsable de atacarlos.

—Estaremos disponibles en el espaciopuerto —dijo Clive—. Estamos alojados en el crucero de lujo Iridiscencia.

—Podemos aclarar cualquier confusión antes partir —dijo Astri—. Envíe a su superior a nuestro camarote.

Clive cubrió la distancia restante hasta el turboascensor y apretó el sensor.

El oficial finalmente se dio cuenta de que tendría que hacer algo o arriesgarse a una larga temporada como oficial de seguridad en un planeta minero. Sacó su desintegrador. —Deténganse ahí mismo.

—No sea tonto —dijo Clive, dando un paso hacia ellos—. Estoy seguro de que podemos solucionar esto...

El turboascensor se abrió.

Clive y Astri sacaron sus desintegradores. Dispararon a las luces del techo y a la carcasa del sensor que controlaba las particiones transparentes. Las particiones descendieron al mismo tiempo. El fuego láser del oficial fue desviado. Resonó por las paredes transparentes y rebotó alrededor de la habitación.

Astri y Clive se lanzaron al turboascensor. Descendió rápidamente.

—Tenemos tal vez un minuto antes de que se liberen —dijo Clive—. Estate preparada para correr.

Salieron corriendo del turboascensor mientras se abría en la plataforma privada de aterrizaje. Encontraron el crucero de Bloomi aparcado cerca del borde de la plataforma. Clive entró de un salto. Astri desintegró la consola de seguridad al lado del crucero.

—No podrán saber si teníamos el código —dijo ella—. Bloomi podría escapar de la detención de ese modo.

De repente las tropas de asalto atravesaron la entrada. Clive encendió los motores mientras Astri esquivó de un salto lo peor del fuego, brincó a la parte trasera del crucero, y fue gateando hasta la cabina abierta. — ¡Vamos! —gritó ella por encima del sonido del fuego láser.

Se metió de un salto en la cabina, todavía disparando, mientras él aceleraba los motores. Salieron disparados hacia el cielo. Clive llegó a la parte superior de la atmósfera y después al espacio. Podía ver cazas imperiales yendo detrás de ellos. El fuego de cañones láser les tenía por blanco.

—Hiperespacio inminente —dijo él—. Agárrate.

En un remolino de estrellas, escaparon de los cazas.

—Eso estuvo cerca —dijo Clive.

— ¿Podemos confiar en que Bloomi no hable? —preguntó Astri, enfundando su desintegrador en el cinturón—. Si lo hace, nos encontraremos con una nave imperial de ataque cuando salgamos del hiperespacio en Revery.

— ¿Confío en Herk? —Clive sacudió la cabeza—. No. Todo lo que tienen que hacer es mostrarle una foto de un droide de tortura y cantará. Pero tal vez no harán las preguntas correctas. Tal vez sólo asuman que éramos unos ordinarios ladrones de bancos.

—Siempre podríamos volver a Coruscant —dijo Astri.

Intercambiaron una mirada.

Astri se inclinó hacia adelante. —Hacia Revery —dijo ella.

CAPÍTULO TRECE

Ferus apagó su comunicador. Obi-Wan no contestaba por el canal de emergencia. ¿Qué podía estar haciendo? ¿Pastoreando banthas?

Continuó su camino. Se había puesto de nuevo la túnica de Inquisidor, odiándola, pero sabiendo que podría ayudarlo. Se dirigía al espaciopuerto. Sólo esperaba que las letras y números garabateados en el polvo tuvieran algo que ver con lo que el espía había visto a través de los electrobinoculares.

Tenía la sensación de que Obi-Wan había sabido muy bien que el adepto a la fuerza que estaba buscando era la hija de Bail. Eso explicaba por qué estaba allí. ¿Pero qué más sabía Obi-Wan que no le decía?

Ferus no había visto a Darth Vader desde aquella mañana en el palacio, pero podía sentirle. No a través de la Fuerza, sino a través de un instinto que le decía que su enemigo ocupaba espacio cerca de él. Ferus tocó el bolsillo oculto donde guardaba el Holocrón Sith. Sus pulmones ardían. Tomó aliento con dificultad. Sintió como si estuviese cayendo en un agujero negro, lentamente, mientras caras familiares, personas que amaba, casas en las que había vivido, lugares de los que había disfrutado pasaban a su alrededor mientras él giraba, incapaz de tocarlos, incapaz de conectar.

Su salvación podría ser este pequeño objeto de su bolsillo. La pena no sólo había acabado con su poder, sino también con su resolución; la Fuerza podría restaurarlo, pero no la Fuerza que él conocía.

Apartó la mano. Ya no sabía qué pensamientos procedían de él y cuales estaban bajo la influencia del Holocrón. Eso le asustaba, pero también le hacía estremecerse profundamente. Sabía que debería tirar el Holocrón, lanzarlo al punto más profundo del lago de Alderaan...

No puedes tirarlo. Ahora es tuyo. Aceptándolo, lo posees. Ya has comenzado el viaje. Pronto lo reconocerás.

¿De quién era esa voz?

Ferus se restregó la frente. Había sentido la voz como parte de sí mismo, más profundo que su propia voz. ¿Decía la verdad o mentía? ¿Qué le estaba ocurriendo?

Su comunicador vibró, y él lo cogió de su cinturón. Era Hydra.

—Informe.

—Nada que informar en este momento —dijo Ferus—. ¿Cómo va la búsqueda de documentos?

—Ahora tengo completa cooperación. La presencia de Lord Vader en el planeta nos ha ayudado. Están preocupados por una toma de control Imperial. Ahora tenemos al miedo trabajando para nosotros —la monotonía lacónica de Hydra llevaba un tinte de satisfacción.

—Bien, sigue con ello. Contacta conmigo si encuentras cualquier cosa —Ferus finalizó la comunicación.

Ahora iba a contra reloj. No creía que Hydra descubriese nada sobre Leia en la oficina de documentos, pero pronto lo dejaría y probaría con una nueva manera. Tenía que desmentir el rumor antes de que Hydra encontrase a la chica.

Y, mientras tanto, tenía que encontrar al espía imperial.

Cogió el turboascensor hasta el abarrotado espaciopuerto. Los vehículos se ponían en fila para el despegue y el reabastecimiento. El centro de mando estaba en un edificio redondo en un lateral. Ferus se acercó, retirándose levemente la capucha

Cuando entró, los ocupados trabajadores alzaron la mirada, entonces la bajaron rápidamente. No querían darle ninguna información, pero tendrían que hacerlo. Deseaba poder decirles que estaba de su lado.

Se acercó a la mujer que parecía estar al cargo. —Tengo una petición de información —dijo él.

—Estamos ocupados —su voz fue brusca, pero sus ojos estaban asustados.

—Sólo necesito identificar este vehículo. El código del espaciopuerto es CCE79244—12u712.

—Eso no es el código de un vehículo.

—¿Entonces qué es? —preguntó.

Ella apretó los labios. Por un momento él pensó que se negaría.

—¿Preferiría que viniese Vader a preguntar? —preguntó. Odiaba presionar de esa manera, pero tenía que saberlo.

Ella bajó la mirada. —Es el código de entrada de un producto —dijo ella—. CCE significa Cargado, Codificado y Enviado. Es decir que llegó una entrega al espaciopuerto y nosotros lo enviamos otra vez.

—Entonces debe tener la dirección adonde se envió.

Ella se volvió hacia la consola. —Lo introduciré. Pero puedo decírselo ahora mismo, el código de destino está mal. Para empezar, no hay números suficientes.

Ferus recordó la mancha. Algunos de los números debían de haber sido borrados.

—Segundo, no hay letras en el código de destino. Sé que se envió a Aldera —el código es doce. Pero el resto no tiene sentido.

—Vea lo que puede hacer.

Ella recuperó la lista de envíos. —No puedo encontrarlo. Ella le miró a la defensiva—. Véalo usted mismo —inclinó la pantalla hacia él—. Tenemos centenares de envíos. Sus números no tienen sentido en términos del sistema.

Ferus estudió la pantalla. Ella no mentía. Era imposible rastrear sin la secuencia correcta de números.

Él se dio media vuelta, frustrado. Al menos sabía que lo que el espía había estado mirando era un envío. O tal vez había oído hablar de ello... no había forma de saberlo.

No podía dejar el planeta hasta que tuviese respuestas. No podía dejar a los Organa a merced del Imperio. Allí estaba ocurriendo algo. Sentía esa certeza en lo más profundo de sus huesos. Tenía que seguir investigando.

* * *

Pasó la noche en las habitaciones temporales que habían sido arregladas para él, y se despertó antes del amanecer. Decidió que si revisaba de nuevo el almacén, podría encontrar algo que hubiese pasado por alto.

Todavía estaba oscuro cuando se abrió camino a través del parque desierto. Los almacenes surgieron delante amenazadoramente, oscuros centinelas mirando desde lo alto al cuadrado de verde.

Estaba cruzando hacia el almacén cuando lo vio.

—Si quieres tener suerte, abre los ojos.

¡Gracias, Siri!

Agachado entre los almacenes y hangares más altos, Ferus vio un viejo y decrepito edificio en el que no se había fijado antes. Estaba construido en piedra vieja, emblanquecido y lleno de marcas por los cientos de años de servicio. Eran sólo diez plantas, y parecía abandonado.

Por encima del portal había números cincelados en la piedra a la antigua usanza. Medio desmoronados, oscurecidos por la edad, difíciles de leer, pero allí.

8712

Recordó la "u" que pensó haber visto. Tal vez había sido la parte más baja del número 8. La otra parte se había borrado.

¿Podría ser tan fácil? ¿Podría el embarque haber sido enviado al otro lado de la calle desde el escondite del espía?

¿Por qué no? Si querías vigilar un envío, ¿qué mejor lugar podía haber?

Ferus volvió a cruzar la calle y examinó cuidadosamente el edificio mientras pasaba de largo. Lo hizo sin que pareciese que miraba, manteniendo su cabeza hacia adelante y caminando con determinación. Aunque el área estaba desierta sabía que podía haber trabajadores nocturnos en los edificios circundantes. Incluso el espía podía estar en su puesto tan temprano, aunque el tráfico del espaciopuerto era leve.

En el corto tiempo que le llevó pasar caminando, pudo divisar el panel de seguridad e identificarlo como uno que conocía. De muy alta tecnología, considerando el edificio.

Dobló la esquina y fue bloque abajo, pasando por las partes traseras de los almacenes. Muchos de ellos tenían plataformas de aterrizaje, pero el pequeño almacén no. Una alta valla de seguridad lo rodeaba, muy probablemente con algún tipo de capacidad de electrochoque.

La calle estaba desierta. Ferus reunió la Fuerza y saltó. Pasó por encima de la verja con facilidad y aterrizó en el patio trasero del almacén, un pequeño área de permacreto desmoronado.

Había una pequeña puerta de duracero. El mismo panel de seguridad. Ferus no tuvo problema para saltarse el código. Escuchó el clic del cerrojo.

Empujó la puerta y entro en un pequeño pasillo. No había turboascensor, sólo una rampa curva que iba hacia arriba. El alumbrado era tenue. Avanzó lentamente, escuchando los sonidos. Oyó un zumbido suave y se presionó rápidamente contra las sombras. Un droide de vigilancia pasó volando lentamente, girando mientras avanzaba. Tenía un campo visual, no infrarrojo, así que si se mantenía fuera de su vista estaría bien.

Ferus subió por la rampa hasta el primer piso. Podía ver que se encontraba en un gran espacio abierto. Había partes oxidadas de deslizador amontonadas a lo largo de las paredes. Un viejo sistema de poleas automatizadas colgaba del techo, sus partes colgaban, oxidadas y recubiertas de suciedad. Caminó de un lado a otro, mirando cuidadosamente, pero no encontró nada excepto más partes viejas y herramientas.

Hasta el momento no era demasiado alentador. Evadiendo a los droides, buscó en el siguiente nivel, y en el siguiente. Finalmente alcanzó el último piso. Miró hacia arriba. Podía ver el mecanismo de un techo retráctil. Así era cómo podían entrar y salir los envíos. Había muchísimo espacio allí para aterrizar una pequeña barcaza. Si la operación se realizaba por la noche, la descarga podía ser rápida y casi privada en mitad de una ciudad.

Al principio este piso le pareció como los demás. Pero según se acercaba, Ferus vio los bidones de duracero apilados contra las paredes.

Duracero nuevo.

Ferus se puso en cuclillas. Vio el código del aeropuerto grabado a un lado.

CCE226579244128712

Llevaba el rótulo "PARTES de DESLIZADOR" estampado en un lateral.

Paso la mano a lo largo de la parte superior. Estaba sin sellar. Con cuidado, abrió la tapa.

El bidón estaba vacío.

Ferus fue de un bidón a otro. Estaban todos vacíos. Se agachó y comenzó a examinar la parte del suelo que estaba debajo del tejado. Sacó su diminuta linterna y la pasó sobre el suelo.

Sí. Un transporte había aterrizado allí recientemente. Vio las marcas chamuscadas y los arañazos.

Permaneció en esa posición durante largos minutos, pensando.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no escuchó las suaves pisadas hasta que estuvieron a punto de dar la última vuelta de la rampa. Alguien intentando con todas sus fuerzas no hacer ni un ruido.

Ferus buscó refugio rápidamente mientras la sala se iluminaba con fuego láser. Se lanzó al suelo y rodó, maldiciendo su falta de atención. Rodó hasta la seguridad detrás de un deslizador parcialmente desmantelado. El fuego láser produjo un sonido metálico. Él olió metal caliente.

Corrió detrás de una pila de partes desmanteladas. El fuego láser le siguió. Ferus había corrido para evaluar la situación. Ahora sabía que su perseguidor era buen tirador. Buena información a tener en cuenta cuando estás atrapado.

Ferus consideró lo que hacer. Tenía que escapar sin usar su sable láser. Si estaba siendo atacado por el espía imperial —y las probabilidades eran casi el cien por cien que así era— la información llegaría hasta el Emperador. A Ferus no le apetecía tener que explicar por qué, como supuesto Inquisidor Imperial, estaba investigando un envío misterioso que a su vez estaba siendo rastreado por un espía imperial. Pero peor que eso, cualquier actividad relacionada con la Fuerza en ese planeta se encontraría con más facilidad bajo los focos. Ferus necesitaba desviar la atención del Emperador de Alderaan, no atraerla.

Lo que necesitaba era un contragolpe. Algo que hiciese salir corriendo a su asaltante para que él pudiese perseguirle.

Ferus saltó hacia la percha y el sistema de poleas que todavía sostenía viejas piezas y motores. Gateó hacia adelante y encontró el mecanismo hacía avanzar las piezas hacia adelante en una pista automática. Lo activó.

Entonces la percha se movió hacia adelante, avanzando a trompicones. El ruido captó la atención del tirador, y el fuego láser cruzó el aire, dando de lleno detrás de Ferus mientras la percha se movía hacia adelante. Ferus soltó un motor de deslizador. Cayó al suelo. Después un parabrisas. Partes de un motor. Un droide de reparaciones medio desmantelado —saltaron chispas cuando el metal arañó el suelo de permacreto.

La percha siguió moviéndose, más rápido ahora, a la velocidad más rápida que Ferus pudo localizar, y él se balanceó en la polea, moviéndose hacia adelante y dejar caer partes, motores y pesadas hojas de metal mientras avanzaba. Era complicado mantener el equilibrio en la polea mientras avanzaba a trompicones, pero él lo consiguió.

El espacio estaba lleno con el sonido de metal chocando contra el suelo, y Ferus rastreó la sombra mientras ésta se movía, intentando distinguirla. El objetivo de Ferus era acorralarlo, pero se movía con fluidez y el sistema de poleas no era lo suficientemente rápido.

Si fuese lo suficientemente fuerte en la Fuerza para darle un empujoncito a los objetos pesados.

Dentro de su túnica sintió brillar el Holocrón.

Olvidas lo que tu rabia puede hacer.

Su irritación por haber sido sorprendido por el espía fue sólo una chispa, algo que había aceptado y dejado marchar. Había sido tan poco importante. Obstaculizaba la mente de batalla Jedi.

La revivió. La alimentó.

Su cólera aumentó.

¿Cómo osa interferir conmigo?

Él, sólo un espía de bajo nivel. Cree que va a ganar.

Él no es nada.

La siguiente pieza de aerodeslizador no llegó a estrellarse contra el suelo. Voló por los aires a gran velocidad, rompiéndose por encima de la cabeza de la sombra. Ferus alimentó su cólera hasta que formó una bola de furia y la disparó al espacio, cogiendo la maquinaria y las partes y arrojándolas hacia los escondites del espía.

La satisfacción le recorrió de arriba abajo. Los pensamientos de obligar al espía a huir y seguirle dejaron de existir. Puedo aplastarlo, puedo matarlo, puedo destruirlo...

Vio a la sombra moverse hacia la puerta, una figura alta y delgada que parecía familiar. Qué notable que incluso a través de la neblina roja de su cólera sus percepciones pudiesen ser tan agudas...

¿Ves? Usas la cólera. No confunde, Agudiza.

El espía salió corriendo hacia la rampa.

Ferus saltó de las poleas sobre los montones de metal humeante.

Su mente se enfrió, Vio incluso mientras corría que habían destruido ese espacio a conciencia.

Ya no sentía satisfacción. Se sentía perturbado, culpable. Apartó a un lado el sentimiento. Se ocuparía de todo ello más tarde. Ahora era el momento de rastrear al espía.

Ferus bajó corriendo por la rampa, corriendo rápido pero no tan rápido como para arriesgarse a advertir al espía que estaba siendo perseguido. Supondría que a Ferus le llevaría bastante tiempo abrirse paso a través de la maquinaria amontonada en el suelo del hangar. No se imaginaría que Ferus le pisaba los talones.

Siguió al espía rampa abajo, por debajo del nivel de la calle. Ferus quiso golpearse. No había hecho un buen trabajo de reconocimiento después de todo. Los edificios estaban conectados por un pasaje subterráneo.

El pasaje estaba débilmente iluminado y era lo suficientemente ancho para que pasase el trineo gravitatorio más grande. Ferus podía oír el progreso del espía y rastrearle a través de sus pisadas. Había reducido la velocidad, asumiendo que no le seguían. Ferus le siguió por el pasaje alrededor de un kilómetro. Entonces se metió en un turboascensor. Ferus contempló el indicador. Había salido en el nivel de la calle. Dejó pasar algunos segundos y le siguió.

Ferus salió en una calle sorprendentemente ocupada. El amanecer acaba de empezar a teñir el cielo de naranja. Vio trineos gravitatorios y rampas de servicio yendo de arriba abajo al final de la calle. Se dio cuenta de que estaban estableciendo un mercado al aire libre directamente bajo de la sombra del espaciopuerto.

Ferus siguió la actividad en el mercado. Debía haber sido una instalación permanente, pues la enorme plaza estaba llena de puestos que marchaban en filas sinuosas. Los puestos estaban hechos de pesados postes de duracero y toldos de brillantes colores. Tarros abiertos contenían montones de artículos.

La descarga del día estaba teniendo lugar —verduras y frutas, mercancías asadas, artículos de menaje, túnicas, telas, plantas, flores, herramientas. Los comerciantes charlaban en pequeños, o establecían afanosamente sus puestos.

Ferus se abrió paso entre la multitud, buscando a la figura que había perseguido. Estaba seguro de que le reconocería por su altura y por la forma de moverse, aunque no había visto su cara.

En lugar de eso, tropezó con Deara. Llevaba una cesta llena de fruta y magdalenas en el brazo. Ella cambió de brazo su cesta, como si pensase que él podría robarla.

—Sólo estoy disfrutando de la generosidad de su planeta —dijo él, gesticulando hacia los puestos de su alrededor.

La cara de ella se sonrojó. —Parece que su Imperio cree que puede tomar nuestra generosidad como si fuese suya —Como si se hubiese asustado de haber dicho demasiado, se machó rápidamente dando media vuelta.

Ferus se detuvo en mitad del mercado. A su alrededor había comida que no podía alcanzar y personas que le despreciaban.

Dentro de su túnica había un oscuro futuro. Un camino yacía delante de él que toda su vida había sabido estaba mal.

Había querido matar a ese espía, Tal como Vader había matado a Roan, por ninguna buena razón excepto que estaba en su camino.

Si matase a Vader usando la misma clase de poder, ¿lo convertiría eso simplemente en otra versión del Señor Oscuro?

Ferus presionó su pecho con la mano, sintiendo sus latidos. Vio todo lo que tenía por delante, todo el mal que podía hacer. Estaban tirando de él a lo largo de ese camino.

¿Por qué no podía detenerse?

CAPÍTULO CATORCE

Ry-Gaul y Trever esperaron toda la tarde en la plataforma de aterrizaje a que regresara Zan Arbor. Sabían que variaba su rutina y podía regresar en cualquier momento. Esperar no era demasiado duro. El problema era el lugar donde tenían que esperar.

Resultó ser detrás de la rejilla de escape de un yate estelar, pero no tenían otra opción. No había otro lugar en el que esconderse en la plataforma. La rejilla de escape estaba caliente. Era estrecha y olía mal. Aun así, Ry-Gaul y Trever yacieron contra el metal durante horas.

Y Ry-Gaul no era el conversador más apasionante. Todo lo que Trever fue capaz de sacarle fue —Tarde o temprano, ocurrirá.

Gracias.

Mientras la puesta de sol pintaba las ventanas de la torre de un naranja brillante, Ry-Gaul se removió. El transporte de Zan Arbor apareció, un aerodeslizador último modelo de cromo pulido. No había hecho nada por disfrazarlo. Ella conducía el deslizador de lujo con el techo replegado, dando un giro alrededor de la plaza abarrotada para lucirse.

Trever le dio un codazo a Ry-Gaul. —Linna está en la parte trasera.

El Jedi asintió, sus pálidos ojos grises no dejaron de contemplar la escena. Zan Arbor hizo descender el vehículo y se movió suavemente para aterrizar en la plataforma.

Mientras Zan Arbor recogía sus cosas para irse, Ry-Gaul salió de un salto de la rejilla de escape y se deslizó bajo la barriga del yate estelar. Trever le siguió. Esperaron mientras Zan Arbor salía, seguida de Linna.

Ya habían decidido coger a Linna en la pequeña sala de recepción que había más allá de la entrada. Allí, los ocupantes del hotel podían quitarse sus prendas de exterior y acceder a los turboascensores que les llevarían a sus apartamentos privados.

Zan Arbor y Linna desaparecieron en el interior. Trever y Ry-Gaul las siguieron. Se encontraron en un pequeño área de recepción con paredes de azurita incrustada.

Desde un portal abierto más adelante podían escuchar a Zan Arbor dándole órdenes en voz alta a un droide de protocolo a punto de fundirse. —Toma esta capa y presiónala. Y no, no quiero el chaughaine esta noche. ¿Cuántas veces te lo he dicho? La satina esmeralda —voy a la ópera.

Ry-Gaul le hizo una señal a Trever. Era el momento de alertar a Linna que estaban listos para llevársela.

Empezaron a caminar, pero Ry-Gaul puso su mano de repente en el hombro de Trever para detenerle. Se inclinó hacia él y susurró —Problemas.

En lugar de encaminarse hacia Zan Arbor, Ry-Gaul se volvió hacia el turboascensor.

Entró con Trever pisándole los talones. El turboascensor tenía el tamaño de una pequeña habitación, con paredes doradas y una moqueta lujosa.

—Uh, ésta me parece ser una situación sin salida —propuso Trever.

Ry-Gaul se subió a una barandilla lateral, dio un salto, y se mantuvo cabeza abajo mientras abría el panel del techo de una patada.

Cogió el panel con una mano cuando caía y al mismo tiempo se las arregló para izarse, cabeza abajo. Trever echó la cabeza hacia atrás, mirando con atención hacia la negrura. Nunca había visto tal despliegue de agilidad. —Vaya —dijo—. ¿Estás...?

Sus palabras se cortaron en seco cuando los pies del Ry-Gaul descendieron, le agarraron alrededor de sus hombros, y le subieron hacia arriba. Trever salió por la abertura y aterrizó con dureza sobre la parte superior del turboascensor. Estaba a punto de protestar pero Ry-Gaul le indicó que guardase silencio mientras él deslizaba silenciosamente el panel del techo en su sitio.

Trever le lanzó una mirada inquisitiva. ¿Qué podía ser más problemático que estar sentado sobre un turboascensor expreso que sin duda iría extremadamente rápido, esperando a que un malvado genio científico que estaba loco entrase en él?

Entonces lo supo. Escuchó el chirrido de la respiración.

Darth Vader.

La voz de Zan Arbor sonó petulante mientras entraban en el turboascensor. —No sabía que estaba de vuelta en Ciudad Imperial, pero me alegro de tener una oportunidad de hablar con usted. Me prometió más sujetos humanos.

—Usted me prometió progresos.

—He hecho tremendos progresos. Está todo en mis informes, pero todavía necesito sujetos adultos.

—Ya ha realizado suficiente investigación. Es hora de producir el agente.

—No tengo tiempo para esto. Tengo entradas para la ópera esta noche. Voy a reunirme con el Senador Sauro.

—Entremos. No he acabado.

El turboascensor se elevó rápidamente. Trever se giró ligeramente para observar el final del eje. A este paso deberían alcanzarlo en menos de un minuto. Se preguntó cuánto espacio habría entre el techo del elevador y el del eje.

—Soy una perfeccionista —dijo Zan Arbor—. Esa es la razón por la que me contrató, ¿cierto? No es el momento de presionarme, ahora que estamos tan cerca del final.

—Es exactamente el momento —tronó Vader—. ¡Es demasiado cautelosa!

— ¡Soy científica!

— ¡Es una cobarde!

Ry-Gaul inclinó la cabeza, escuchando atentamente.

— ¿Ha venido aquí sólo para insultarme? Puedo contactar con el Emperador, ya lo sabe. Él podría estar interesado en su... extraña urgencia.

Ry-Gaul escuchaba ahora con toda su concentración, sus ojos estaban cerrados.

De repente el turboascensor se estremeció, entonces cambió de dirección.

— ¿Qué está haciendo? Ni siquiera ha tocado el sensor...

—He hecho lo que vine a hacer. Volveré mañana, y querré oír un plan para tener el agente de memoria listo en el plazo de un mes.

Trever se agarró al turboascensor mientras este caía a toda velocidad. Parecía ir terriblemente rápido.

—Le exijo que detenga este turboascensor, Lord Vader —la voz de Zan Arbor se estremeció—. Si esto es una demostración de su habilidad con la Fuerza, no la necesito. Soy experta, ya sabe.

—El hecho de que se considere una experta —dijo Vader—, sólo prueba lo ignorante que es.

El turboascensor se detuvo con una sacudida violenta, como si se hubiese estrellado contra el suelo, en lugar de aire. Lo único que evitó que Trever se cayese eje abajo fue el fuerte agarre de Ry-Gaul. Escuchó un revoltijo debajo; cuerpos cayendo.

¡Se acordará de esto, Lord Vader! —chilló Zan Arbor.

Oyeron las puertas abrirse y el sonido de sus botas, seguido por los sonidos de alguien intentando levantarse, y jadeando.

—Va a pagar por esto —dijo Zan Arbor—. Haz que esta cosa se mueva, Linna. ¡Rápido!

—Creo que el sensor podría estar roto—

— ¡Simplemente hazlo!

Ry-Gaul le hizo una señal a Trever. Era el momento. Zan Arbor ya estaba desequilibrada por su confrontación con Vader.

Ry-Gaul fue primero, introduciéndose en el turboascensor con un movimiento fluido. Trever le siguió.

Él se dejó caer hecho una bola en el espacio. Su trabajo era proteger a Linna mientras Ry-Gaul se encargaba de Zan Arbor. Cuando aterrizó, su pie se enredó en una gruesa capa de chaughaine que Zan Arbor debía haber dejado en el suelo. Perdió el equilibrio y cayó. Linna fue hacia él.

Zan Arbor sacó un desintegrador pequeño y mortal. Linna estaba expuesta.

La mirada de triunfo en los ojos de Zan Arbor se borró cuando Ry-Gaul cargó, con su sable láser sujeto en una postura defensiva.

Linna ya había saltado hacia adelante para proteger a Trever, sacando algo de su maletín médico. Trever gritó, asustado de que el fuego láser la alcanzase a pesar del sable láser de Ry-Gaul.

Zan Arbor, sus labios dibujando una sonrisa, acribilló a Ry-Gaul con fuego láser. Trever se lanzó al suelo cuando el fuego rebotó por el turboascensor. Linna se lanzó al suelo, también, y Zan Arbor se giró, apuntando hacia ella.

Linna extendió el brazo y presionó una jeringa llena de un líquido gris azulado en el tobillo de Zan Arbor.

Zan Arbor gritó y dejó caer su desintegrador. Se retorció, cayendo al suelo, y se golpeó la cabeza contra el suelo. Ella trató de alcanzar a Linna, la cual se retiró.

— ¡No! —gritó Zan Arbor—. ¡No!

— ¿Qué le has hecho? —le murmuró Trever a Linna.

Ry-Gaul colgó su sable láser en su cinturón. —Le ha dado el agente de memoria.

Linna se inclinó sobre Zan Arbor. Ella habló claramente y con tranquilidad, sin ninguna amenaza en la voz. Sólo resolución.

—Nunca volverás a usar tu brillantez para hacer daño la gente.

Zan Arbor se puso las manos en la cabeza. —La fórmula... la estoy perdiendo. ¡Dímela!

Linna guardó silencio. Ella pasó la mano sobre el sensor y el turboascensor empezó a subir.

—Las interacciones de los productos químicos con la sustancia orgánica... la fórmula de sistemas tóxicos de entrega por agua... —Zan Arbor comenzó a tirarse del pelo—. ¡Se ha ido! ¡Mis experimentos! ¡No los puedo recordar!

Chocó contra la pared.

— ¡Mi entrenamiento! ¡Mi genio!

Trever observó como el pánico atravesaba su cara. — ¡La fórmula Bibinger! —gritó—. ¡Mi trabajo con la transmisión de elementos de plaga... se ha ido! Las ecuaciones químicas... la cantidad de peso, los tiempos gravitacionales, los tiempos...

—Fue una dosis entera —murmuró Linna—. No iba dirigida a ningún sector específico. No estoy segura de cómo la afectará, pero creo que como mínimo perderá todo su entrenamiento científico... cincuenta años de trabajo...

— ¿Quién eres? —Zan Arbor se volvió de repente hacia Linna—. No te conozco.

Las puertas se abrieron. Linna la condujo al suntuoso apartamento.

— ¡No conozco este lugar!

—Ésta es tu casa.

Linna se dirigió hacia el datapad de Zan Arbor. Lo colocó debajo de su brazo.

—Tú me has hecho esto —dijo Zan Arbor de repente, mirando a Linna—.

Recuerdo lo suficiente como para saber que fui un genio. ¡Ahora soy un don nadie!
¡Soy un don nadie!

Linna volvió al turboascensor.

— ¡Habría sido lo mismo si me hubieses matado! —gritó Zan Arbor.

Las puertas del turboascensor se cerraron, y ellos bajaron. Durante todo el trayecto escucharon sus gritos.

CAPÍTULO QUINCE

Hydra contactó con Ferus mientras él dejaba el mercado al aire libre. Su voz era brusca.

—Ha habido un descanso en la investigación. Descubrí que había un satélite meteorológico en lo alto el día en cuestión. Los descubrimientos incluyen fotos del terreno. Son eliminadas al final de cada día. Eso dicen ellos. Pero entré en los ordenadores y encontré un caché con información vieja. Encontré el día en cuestión.

Ferus sintió como su corazón se le caía a los pies. —Esas son buenas noticias.

—Desafortunadamente fuera cual fuese el incidente, no puedo localizarlo. El satélite sólo cubre una porción del parque durante el tiempo en cuestión. Pero pude hacer una comprobación de las matriculas de los aerodeslizadores. Nos perderemos aquellos que llegaron a pie pero si presionamos a los demás buscando los nombres llegaremos realmente a alguna parte. Tendremos a casi todo el mundo que estuvo en el parque ese día. Puedo entrevistar a todos ellos.

Esto es exactamente lo que no quería que ocurriese.

—Estaré sentado observando —dijo él.

—Si debes hacerlo...

Tuvo la clara impresión cuándo se desconectó que ella estaba o bien exasperada por su incompetencia o sospechaba de sus lealtades. Ninguna de las dos era una buena señal.

* * *

Participar en entrevistas con ciudadanos de Alderaan con Hydra le dio a Ferus una visión de cerca de la dignidad y el miedo.

Dignidad: Los alderaanianos les detestaban pero les trataron con cortesía.

Miedo: Los alderaanianos sabían que los Inquisidores tenían el poder de enviarles a una prisión imperial sin juicio ni cargos.

Hydra era hábil en su trabajo. Él observó la forma en la que inspeccionaba las viviendas, su mirada deteniéndose en holofotos familiares, la forma en la que hacía preguntas detalladas sobre las edades de los niños. Ella sostenía su miedo en las manos y lo estrujaba.

Las entrevistas hicieron que Ferus se sintiese enfermo. Necesito dejar de hacer esto. No estaba hecho para eso.

El Holocrón Sith susurró en su cabeza, con su propia voz, “Subestimas tu habilidad para ser cruel”.

* * *

Al final del día, Hydra apenas podía ocultar su furia. Ninguno de los alderaanianos dio un solo nombre de alguien que conociesen en el parque. Todos ellos afirmaron que el parque estaba demasiado abarrotado, no conocían a nadie ese día, o tal vez daban un nombre de pila, un nombre común que sería imposible rastrear. Hydra entrevistó incluso a los niños y extrajo la misma respuesta. Se notaba que los niños habían sido preparados como los adultos.

Le recordó la solidaridad y el coraje de la resistencia de su mundo natal Bellassa. Eso le hizo sentir orgulloso.

Hydra revisó su lista de datos al final del día. —Siempre puedo hacer una segunda ronda de entrevistas. Tal vez inicie detenciones fuera del planeta.

—No creo que esto lo justifique —dijo Ferus—. Déjame ver la lista. —Él revisó los nombres que Hydra había reunido—. Te has dejado uno —dijo—. Sona Ziemba —él lo habría dejado pasar, pero no era propio de Hydra pasarlo por alto. ¿Por qué lo habría hecho?

Ella lo miró. Él no vio ninguna expresión en su cara. —Comprobémoslo.

* * *

Sona Ziemba vivía en un enorme bloque de apartamentos cercano. El edificio estaba en un atestado barrio obrero. Era el momento en el que los trabajadores volvían a casa, de preparaciones para la cena, de la satisfacción de un día bien empleado, y Ferus sentía su propio aislamiento con más intensidad mientras la vida se arremolinaba a su alrededor. Ahora estaba apartado de todo eso.

No hay nada aquí que tengas que echar de monos, la vida común no es nada.

No, la vida común lo era todo.

Te engañas a ti mismo. Reconócelo y comienza un viaje más importante.

Sus pensamientos eran tan fuertes que se preguntó si Hydra podía oírlos.

Tomaron un turboascensor hasta el piso cincuenta y tres. Tocaron el timbre en el apartamento y una mujer bonita respondió a la puerta. Una chica de cabello oscuro corrió detrás de ella, persiguiendo un juguete. Para su sorpresa, Ferus las reconoció. Las había visto en primer día. El nombre de la chica era Tula.

La cara de la mujer se congeló cuando vio sus túnicas de Inquisidor.

—¿Sona Ziemba?

Lentamente, la mujer asintió con la cabeza. Sus ojos fueron disparados de Hydra a Ferus.

—Soy la Inquisidora Imperial Hydra, y éste es el Jefe de Inquisidores Ferus Olin. Tenemos algunas preguntas para usted referentes a su presencia en Parque Praderas hace una semana, el jueves.

Hydra pasó a su lado, sin esperar que la mujer la invitara a entrar, seguida por Ferus.

—¿Estaba allí ese día?

—Estoy allí todos los días —Sona Ziemba tragó saliva—. Con mi hija. Mi marido y yo teníamos un negocio, y fracasó. Y mi madre... ella solía encargarse de Tula, pero murió el último otoño... así que la llevo allí todos los días...

Ferus reconoció las señales de alguien dando más información de la necesaria por estar nerviosa.

¿Se enteró del incidente donde alguien casi cayó al mar cuando una valla cedió? —preguntó Hydra.

—No lo vi.

—¿Pero está al tanto?

—Algunas de las madres y los padres hablaban de eso, sí. Hablamos...

Hydra sacó su datapad. —¿Puede darme nombres?

Una leve vacilación alertó a Ferus que la mujer estaba a punto de mentir. —No sé sus nombres. Simplemente son los otros padres. Sólo charlamos algunas veces. No nos preguntamos los nombres.

Hydra tomo nota.

La puerta se abrió detrás de ellos. Un hombre alto y delgado entró, en el brazo llevaba una cesta de comida.

De nuevo, Ferus se quedó sorprendido. Había visto a ese hombre el primer día en el parque, a través de sus electrobinoculares. Ahora se dio cuenta por qué el espía oscuro le había parecido tan familiar: eran el mismo.

— ¡Dartan! —dijo Sona con alivio—. Estás en casa. Éstos son los Inquisidores Imperiales. Indagan acerca de Praderas... algo que ocurrió allí.

—Estrictamente rutina —dijo Hydra.

Ferus sintió que se le erizaba la nuca. Hydra le había dado al hombre la señal de que todo va bien. Ella la había escondido bien, pero él la había visto. Hydra sabía que el hombre era un espía. Y Ferus sospechaba que la esposa del hombre no.

Por eso Hydra no se había molestado en investigar a esta mujer. No había necesidad. Si Sona Ziemba había sabido algo, ella se lo habría dicho a su marido. Y habría ido directo a su informe.

Mirando alrededor del pequeño piso, Ferus sintió una punzada de simpatía. Esta familia no tenía mucho. La esposa había perdido su empleo.

Dartan puso la cesta en el suelo. Ferus reconoció comida del mercado. Quizá Dartan trabajaba allí.

Sin duda había sido corrompido por la idea de riqueza para su familia. Así es cómo reclutaban a muchos espías. Simplemente mantén los ojos y oídos abiertos, diría el reclutador imperial amistosamente. No tienes que traicionar a tus vecinos. Sólo danos pedacitos de información.

Y así la persona pasaría algo, después otra cosa, y antes de que se diese cuenta estaría comprometido. Recibiría instrucciones de hacer cada vez más hasta que se encontrase encima de un almacén con los electrobinoculares apuntando hacia el espaciopuerto principal. Y entonces no habría vuelta atrás.

Un día se daría cuenta de que no sólo había traicionado a sus vecinos, sino todo en lo que creía.

Ahora Ferus sabía cómo ocurrió. Dartan había estado aburrido del espaciopuerto, había vuelto sus electrobinoculares hacia el parque para ver a su esposa y a su hija... y había visto el incidente con Leia. Había informado de eso porque no tenía nada más.

— ¿Trabaja en el mercado? —preguntó Ferus.

Dartan asintió.

—Que pasen una buena tarde —dijo Hydra—. Contactaremos otra vez si lo necesitamos.

Mientras descendían al nivel de la calle, Hydra habló. —Un Gobernador Imperial llegará mañana —dijo con satisfacción—. Organa obligó al Emperador a tomar esa decisión. Fue una maniobra estúpida enviar a Antilles cuando Lord Vader llegó.

¿Pensaba que el alcance del Imperio no se extendía hasta TerraAsta? —ella bufó—. Demasiado para su así llamado intelecto. Alderaan pronto descubrirá que no puede operar si no coopera con nosotros.

Ferus salió andando al suave aire de la tarde. Su mente zumbaba con la información que Hydra acababa de lanzar.

Dartan Ziemba no pudo haber informado que Raymus Antilles había dejado Alderaan. Se había marchado en secreto. Bail había enviado a Raymus Antilles al espaciopuerto de TerraAsta en una comunicación personal delante de sólo algunas personas de confianza del palacio. Alguien debía haber escuchado a escondidas, o haber colocado a un insecto en la sala de recepciones. Había otro espía en Alderaan. Solo que este espía era más peligroso: este espía estaba en palacio.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ferus estaba en sus habitaciones cuando apareció la señal en el canal codificado de emergencia. Por fin Obi-Wan había salido a la superficie.

Ferus sintió la frustración acumulada durante los días pasados. No se molestó en saludar a Obi-Wan. — ¡Sabías que Leia Organa era el niño sensible a la Fuerza! —le gritó a Obi-Wan.

La cara arrugada de Obi-Wan se mantuvo impasible. —Ferus...

—No lo niegues.

—No lo niego.

— ¡Podrías haberme ahorrado un montón de problemas! ¿Por qué me dejaste ir a ciegas en este caso?

—No te lo dije por dos razones. Una, no estaba seguro de que fuese Leia Organa. Y dos, si fuera ella, la única manera de saber lo vulnerable que era sería dejarte rastrearla.

Ferus sacudió la cabeza. —Ni siquiera puedo entender esa frase, mucho menos tu razonamiento.

—Tenía que saber si había un espía en Alderaan. La única manera de saberlo era que siguieses sus pasos... sin saberlo.

—Bien, entonces te elegiremos Ministro de Ocultar Información —dijo Ferus furiosamente—. He estado dando vueltas alrededor de Aldera como un idiota.

Obi-Wan puso una sonrisa. La molestia de Ferus aumentó. Esa sonrisa de Obi-Wan —tan raro, y a la vez tan cautivadora cuando aparecía, eso no había cambiado.

—Difícilmente un idiota —dijo Obi-Wan—. Averiguaste quién era Leia. Eso quiere decir que es más vulnerable de lo que pensaba. Apuesto a que encontraste al espía que la delató.

—No gracias a ti —murmuró Ferus.

—Háblame de Leia —dijo Obi-Wan inesperadamente—. ¿Es poderosa en la Fuerza?

—Es difícil de decir —dijo Ferus—. No capté nada al principio. Definitivamente tiene una conexión con la Fuerza, pero sin apoyo o entrenamiento probablemente pasará inadvertida. Ella la tendrá, pero las personas de su entorno no lo sabrán. Será excepcionalmente rápida y lista, quizá, con reflejos acelerados. Ahora mismo sólo es vulnerable a ser detectada por otro Jedi.

—O por un Sith.

—O por un Sith, sí. Conforme pasen los años, eso cambiará.

—Háblame del espía.

—El espía no es el problema. Mi opinión es que es un funcionario de bajo nivel, un observador. Está claro que lo hace por el dinero. Tiene un puesto de observación que mira hacia el espaciopuerto principal. Probablemente informa sobre llegadas y salidas inusuales. Supongo que vio lo que ocurría con Leia esa mañana e informó porque no tenía nada más que darles. Sé que él rastreó alguna clase de envío a través del espaciopuerto. Pero qué es y por qué, no lo sé.

— ¿Entonces cuál es el problema?

—Hay un topo en el palacio. Otro espía, alguien cercano, alguien en quien Bail confía.

Obi-Wan dejó escapar el aliento. — ¿Cómo lo sabes?

—Alguien informó sobre dónde iba Raymus Antilles a desviarse de su ruta en el espaciopuerto de TerraAsta. Los únicos que lo sabían eran el círculo interno de Bail. Un sirviente pudo haber estado escuchando. Él confía en todo el mundo en ese lugar.

—Tienes que decírselo.

—Soy el enemigo, ¿recuerdas? Bail no confía en mí. Tengo que ayudarlo sin que sepa que estoy ayudándolo. No puedo seguir apareciendo en el palacio sin razón. A menos que tengas una sugerencia —Ferus dijo esta última frase con un deje de ironía. Hasta ahora, Obi-Wan no había sido de mucha ayuda.

—Hablaré con Bail —dijo Obi-Wan—. Le diré que estás de nuestro lado. Él me creerá.

— ¿Vas a dejar que Bail sepa que estás vivo? —preguntó Ferus, asombrado.

—Ya lo sabe —dijo Obi-Wan.

Ferus casi arrojó el comunicador contra la pared. — ¿Hay alguna otra cosa que no me estás diciendo? —ladró.

—Hay muchas —dijo Obi-Wan—, pero saberlas no te ayudaría.

—Eso dices tú.

—Ve al palacio —dijo Obi-Wan—. Contactaré con Bail

* * *

Esta vez su recepción fue completamente diferente. Una vez que estuvieron en privado, Bail le dio la bienvenida calurosamente, agarrando su hombro mientras le daba la mano. —Estás haciendo un trabajo importante —dijo él—. Aquéllos que nos oponemos al Imperio estamos en deuda contigo.

—Usted se pone en la línea todos los días en el Senado —dijo Ferus—. Yo debería agradecerse.

—Vamos a mi estudio. Podremos hablar con nuestro amigo —Bail condujo a Ferus a su estudio. Un holograma de Obi-Wan esperaba allí. —He mandado fuera del palacio a todo el mundo a petición de Obi-Wan —dijo Bail—. Y he aumentado hasta el máximo nivel la seguridad de mi oficina. Todo lo que digamos será distorsionado, codificado, y después eliminado —se volvió hacia Obi-Wan—. Ahora, mi buen amigo, dime por qué me pediste estas cosas.

—Ferus cree que hay un espía dentro de su grupo familiar —dijo Obi-Wan.

—Imposible —respondió Bail inmediatamente—. Todo el mundo aquí es familiar o amigo, incluso los sirvientes.

—Aún si eso es así —dijo Ferus—, escuché a Hydra decir que seguridad imperial sabía de antemano que Raymus Antilles aterrizaría en TerraAsta. No fue una parada aleatoria, le estaban esperando.

—Pero cuando le di esa orden a Antilles, sólo estaban presentes Breha y Deara —dijo Bail.

—Alguien debía estar escuchando —dijo Ferus.

Bail sacudió lentamente su cabeza. —No puedo creerlo.

—Tienes que creerlo —dijo Obi-Wan—. Tienes que tenderle una trampa al espía. Tener uno tan cerca es peligroso no sólo para ti...

—Sino también para Leia —dijo Bail—. Sí, ya lo veo.

—Tenemos que tender una trampa —dijo Ferus.

Bail mostró su acuerdo asintiendo antes de volverse a Obi-Wan. —Me alegro de que contactaras conmigo. Algo ha estado rondando en mi mente. ¿Has oído hablar de un grupo llamado Golpe Lunar?

Sí —dijo Obi-Wan—. Ferus le ha hecho algunos favores al líder, Flame.

—Ella contactó conmigo para que Alderaan se integrase en el grupo. Aparentemente va a haber una primera reunión de líderes de resistencia de planetas en el Núcleo. Mon Mothma y yo hemos decidido ir lentamente con nuestros esfuerzos de formar una resistencia. Lo que tiene que ser fuerte debe construirse con cuidado. Pero Flame tiene una opinión diferente. Quizá una estrategia mejor es golpear ahora que el Imperio está empezando a consolidar su poder. Alderaan es vulnerable. Las cosas están cambiando tan rápidamente. Quiero proteger mi mundo si puedo. Siuviésemos alianzas dispuestas a ayudarnos... —Bail dejó su voz desvanecerse.

—¿Pides mi consejo? —preguntó Obi-Wan.

—Eres mi mejor consejero —dijo Bail calurosamente.

—Ferus y yo sin duda disentimos en este asunto —dijo Obi-Wan después de una pausa—. Una conexión de movimientos de resistencia de planeta a planeta es sin duda una meta. La cuestión es el tiempo. La mayoría de planetas están exhaustos por las Guerras Clon. Sin armas, sin espíritu. Bellassa es un raro ejemplo de un planeta que ha logrado movilizar la voluntad de la gente para combatir al Imperio. La mayor parte de los demás se alegran por la paz y esperan prosperidad. Crear una rebelión total sería difícil si no imposible. Mientras tanto esos líderes de resistencia que se necesitarán después quedarán al descubierto. Así que yo te aconsejaría que no os unáis a Golpe Lunar. Esperar es duro —pero algunas veces es lo más inteligente.

—Lo crees en este caso —dijo Bail gravemente.

—Así es.

Ferus vio que Bail estaba ahora indeciso. Eso era desafortunado para Flame. Él estaba de acuerdo con ella que sin un componente político, Golpe Lunar podría estar condenado.

Obi-Wan no había cambiado la opinión de Ferus. Fue exactamente lo contrario, ahora se sentía más inclinado que nunca a ayudar a Golpe Lunar.

CAPÍTULO DIECISIETE

Revery apareció ante ellos, un planeta azul con una leve capa de nubes rosadas. Mares de color aguamarina eran visibles entre parches de tierra dorada y verde. Era tan precioso desde espacio como se decía estar en la superficie. Clive introdujo las coordenadas en el panel del navegador de la misteriosa morada de Eve Yarrow.

—Esperemos haber escapado de la detección. Aún si por algún milagro Bloomi no habló, el informe de dos ladrones de bancos estará en el canal de seguridad ahora mismo.

—Podría ser —dijo Astri. Sus labios se curvaron hacia arriba—. Lo sabremos muy pronto.

Clive le dirigió una mirada rápida. —Oye, te gusta esto.

—No seas ridículo —Astri se inclinó para jugar con su cinturón de utilidades. Su pelo rizado escondió su cara.

— ¡Es cierto! —se jactó.

—Eso es una tontería...

—No estoy diciendo te guste el Imperio. O que te alegres de que haya una guerra para que puedas ir volando por la galaxia con un desintegrador en tu pierna. Es solo que... no tienes miedo. Te gusta la adrenalina. Fuiste tú la que nos sacó antes de ese embrollo. Pensaba que eras la esposa de un político, sirviendo el té y organizando recepciones. ¿Eras alguna clase de espía antes de las Guerras Clon?

—Tienes una idea bastante estúpida de lo que hace la esposa de un político —dijo Astri, molesta—. ¿Té? ¿Recepciones? Dirigía un grupo de expertos en política. Hasta que Bog lo eliminó después de que encontramos soluciones reales a problemas planetarios.

—No has contestado a mi pregunta.

—Antes de conocer a Bog —hace mucho tiempo— me relacionaba un poco con los Jedi.

— ¿Te relacionabas con los Jedi? ¿Qué quiere decir eso?

—Ayudé a Obi-Wan a rescatar a Qui—Gon. Fingí ser un cazarrecompensas. Me afeité la cabeza. Aprendí a disparar un desintegrador y a pilotar una moto. Cosas como esas.

—Me sorprendes, Astri Oddo. Cada vez que creo saber cómo eres, resultas ser algo totalmente diferente.

Astri le miró alzando una ceja. —Ese es tu problema, Flax, no lo entiendes. Las personas no son una cosa. Ahora estemos alerta, no puedes confiar en instrumentos para todo. Necesitas una visual. Obi-Wan me enseñó eso.

—Supongo que habrá un lugar donde aterrizar cerca de la casa —dijo Clive mientras la superficie del planeta se acercaba—. Parece que nadie quiere tener vecinos.

Era cierto. Las grandiosas haciendas estaban incrustadas en las montañas, separadas por muchos kilómetros, o expuestas en anchas playas espectaculares con las montañas detrás de ellas. Nadie tenía un vecino cercano. Con calas situadas entre acantilados, la geografía del planeta cooperaba con la necesidad de privacidad.

Encontraron la hacienda que estaban buscando. A diferencia de las demás, no estaba en una cala aislada, sino incrustada en las montañas con vistas al mar que quedaba por debajo. Era casi invisible desde el aire. Era más modesta que los otros

lugares que habían pasado. Enormes árboles la rodeaban y estaba construida con la misma piedra gris de la montaña, así que se confundía con la ladera.

—Hay una plataforma de aterrizaje y un hangar pequeño —dijo Astri.

—No creo que haya una gran alfombra de bienvenida —dijo Clive—. ¿Hay algún espacio despejado cerca dónde podamos aterrizar?

Astri estudió la pantalla del navegador. —Probemos en la cima de la montaña. Tendremos que bajar dando un paseo pero al menos el crucero estará escondido.

Encontraron un afloramiento rocoso en el que aterrizar el crucero. Fue una caminata difícil, pero lograron llegar a la casa, bajando a través de una profunda cañada pronunciada que los dejó rasguñados y ensangrentados.

Clive apuntó sus electrobinoculares hacia el hangar.

—No hay ningún vehículo en el interior, ni si quiera un aerodeslizador.

—Acerquémonos más.

Se movieron de árbol en árbol, inspeccionando el lugar, parecía desierto. Aun así no tenían muchas ganas de salir del refugio de los árboles.

—Mira, tenemos que acercarnos más —dijo Astri—. No podemos quedarnos aquí todo el día. Tenemos que arriesgarnos.

—Si hay alguien aquí, diré que nos hemos perdido —dijo Clive.

—Eso parece muy poco creíble.

—Puedo convencer a cualquiera de cualquier cosa.

—No —dijo Astri—. Sólo crees que puedes. Vamos.

Dejaron el refugio de los árboles y entraron en el complejo. No había valla de seguridad. Simplemente entraron, encontrando un camino hecho de suaves piedras planas. Astri observó la casa pero no vio ni rastro de actividad tras las grandes ventanas.

Alerta ante cualquier problema, se acercaron a la puerta y llamaron.

—No hay pantalla de seguridad —masculló Clive—. Esto es extraño.

—Tal vez están tan aislados aquí afuera que se sienten protegidos —dijo Astri.

—Bueno, una cosa es segura —dijo Clive cuando pasaron varios minutos—. No hay nadie en casa —metió la mano en su cinturón de utilidades y sacó un objeto pequeño.

—¿Una moneda oxidada? —preguntó Astri—. ¿Vas a sobornar a alguien para entrar?

—No es sólo una moneda —Clive la alzó—. Y no está oxidada. Ésta es una moneda rara del planeta Maill, de mil años de antigüedad. Sólo se hicieron varios centenares antes de descubrir que tenía un fallo fatal. El rey de Maill tuvo a una reina a la que amaba. Ella tenía el cabello, decían, del color de una llameante puesta de sol. Él usó una aleación especial de metales para obtener exactamente ese matiz. Entonces descubrieron que la moneda era inútil para el comercio por ser tan maleable. Es más, cuando se calentaba solo un poquito se expandía para llenar un espacio y entonces se endurecía. Arruinó un buen número de máquinas acuñadoras antes de que cancelaran la moneda. Es lo más raro en la galaxia ahora mismo.

—Eso es levemente interesante —dijo Astri—, ¿pero qué vas a hacer con ella?

En lugar de contestar, Clive también sacó una tarjeta de seguridad de su bolsillo. —No es auténtica, es falsa —le explicó—. Usan un plastoide más barato, pero funciona mejor.

Astri se apartó de la puerta. Clive calentó la moneda en sus manos, entonces la deslizó en el gozne del panel de seguridad. Después de un momento pudo deslizar la tarjeta de seguridad. El panel de seguridad se abrió. Él estudió el sistema de circuitos un momento, entonces sacó un pequeño dispositivo electrónico de su bolsillo, lo pegó, y

presionó una secuencia de teclas. Astri oyó pequeño pitido electrónico y la puerta se abrió.

—De acuerdo, estoy impresionada —dijo ella, antes de entrar.

—¿Levemente? —preguntó Clive mientras la seguía. ¿O extremadamente?

El vestíbulo estaba oscuro y frío. Astri se movió con cuidado, intentando no hacer ni un ruido. Su desintegrador estaba en su mano.

Exploraron el piso inferior. La casa estaba decorada en un estilo confortable, con sofás cubiertos con telas lujosas y alfombras coloridas en los suelos de piedra. Las anchas ventanas proporcionaban una vista de mar que se encontraba muy por debajo. Un droide de protocolo permanecía inactivo en el vestíbulo cerca de la maciza puerta principal. La cocina estaba provista de comida preparada en el congelador.

—Está esperando una visita —dijo Astri en un susurro—. Sólo tienes que entrar por la puerta.

—Nada de polvo —dijo Clive—. Me pregunto si los droides que se ocupan de la casa se activan con un temporizador.

Arriba había un dormitorio y una pequeña oficina. No había datapad que pudiesen encontrar.

Había varias túnicas blancas y túnicas de diversas telas colgadas en el armario. Podrían haber pertenecido a un hombre o a una mujer. No había ropa en los cajones.

Clive sacudió la cabeza. —Aquí no hay información. Si ésta es la casa de Eve Yarrow, ella no la usa mucho. No podemos conectarla con Flame o con el Imperio si no encontramos nada.

—Miremos abajo otra vez —propuso Astri—. Si hay algo aquí, no estará en los lugares obvios.

Regresaron al nivel principal. Clive examinó los estantes. Dejó escapar un silbido.

Cogió un cristal oscuro incrustado en una piedra pulida y lo sostuvo en alto. —Mira ésto —el cristal refractó la tenue luz del cuarto y envió sombras hacia las paredes blancas—. Es el Favor del Emperador.

Astri se movió más cerca, examinando el cristal. Al principio le había parecido lúgubre y bello, pero algo la hizo estremecerse.

—Un pedazo de raro cristal de obsolita incrustado en piedra de Korriban —le explicó Clive. Volvió a dejar el objeto en su sitio y se frotó las manos en la túnica—. Dado a los elegidos de la élite del Imperio. Héroes de las Guerras del Clon. Aquellos que hacen favores especiales.

—Muy interesante —dijo Astri—. Así que Eve Yarrow pertenece a la élite del Imperio. Ha sido recompensada por algo.

Se giró y continuó con su examen de la habitación. De repente se detuvo y miró las ventanas y las paredes. Caminó de arriba abajo por la habitación, de acá para allá. —Algo no está bien —dijo ella—. Las dimensiones del cuarto. Mirándolo desde la montaña... debería haber otro cuarto.

Clive la siguió hasta el pasillo, donde Astri presionaba sus dedos contra la pared. —No tiene sentido —murmuró.

Clive la dejó explorar. De repente ella se puso en cuclillas en el vestíbulo. Pasó los dedos a lo largo de la pared. La golpeó. —Aquí. Una habitación oculta.

Clive se unió a ella. —Si tú lo dices. ¿Pero cómo la encontramos?

Astri dio un paso atrás. Sus ojos vagaron por el pasillo. De repente dio un salto hacia la pintura láser de la casa que colgaba en la pared. Ella lo inclinó en todas direcciones.

Un rayo de luz salió disparado del sol de la pintura e impactó en la pared opuesta. Lentamente la pared se deslizó.

— ¿Cómo has hecho eso? —preguntó Clive, sacudiendo la cabeza admirado.

—Había oído hablar de usar pinturas láser como dispositivos de seguridad —dijo Astri—. Es un sistema completamente nuevo. Secreto máximo de Seguridades Seguras. Me enteré cuando me colaba en el ordenador principal de Samaria.

Miraron con atención dentro del cuarto sin entrar. Estaba vacío. —Un escondite —supuso Clive.

Entraron.

—Si es un escondite, es extraño que no haya provisiones —dijo Astri—. Debería haber comida. Y un panel de seguridad.

—Podría ser una despensa —dijo Clive—. O...

De repente la puerta se cerró detrás de ellos.

Intercambió una mirada con Astri. —Una trampa —terminó.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La reunión con Zan Arbor había ido bien. Darth Vader se felicitó por su acercamiento. Obviamente la mujer necesitaba un incentivo. Eso, y un llamativo paseo acelerado en un turboascensor fuera de control. Sin duda mañana él oiría una melodía diferente de ella.

Y pronto el espacio donde Padmé vivía dentro de él estaría en blanco.

Sus planes estaban realizándose.

Su comunicador pitó. Su Maestro le llamaba. Vader no sintió ansiedad cuando aceptó la comunicación, tenía noticias que complacerían al Emperador.

—Necesito un informe —era el tono más severo de su Maestro.

—Hemos hecho progresos, mi Maestro —dijo Vader—. Crepúsculo está listo. La fase Uno ya está en marcha.

—Bien. Bien. ¿Y Alderaan?

—El Gobernador Imperial llega mañana. Nuestro contacto nos asegura que todo está en su sitio.

—Entonces, mi joven aprendiz, regresa a Alderaan. Tu trabajo está allí por ahora.

—Sí, Maestro —tenía que obedecer, por supuesto. Pero tendría que encontrar tiempo para acorralar a Zan Arbor otra vez antes de marcharse. Quería asegurarse de que ella tuviese preparado el agente de memoria lo antes posible. Ferus Olin no podía tocarle con un sable láser. No debía permitirle tocarle con sus recuerdos. Eran mucho más peligrosos.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Keets, Curran, y Dex estaban apiñados en la casa refugio del Callejón del Maleante. Habían pasado horas manteniendo comunicaciones entre varios grupos de diversos planetas, intentando llegar a un acuerdo sobre una reunión. Las cosas estaban lejos de estar resueltas.

—Creo que será mejor que cortemos las comunicaciones, al menos durante un rato —dijo Dex—. Ya hemos sobrepasado nuestro límite. Si seguimos, nos arriesgamos a que algún escáner imperial detecte el incremento de actividad en este sector.

Keets asintió. —Ojalá—

De repente Dex giró su silla repulsora. —Tenemos problemas, mis chicos —dijo él.

Durante medio segundo quedaron paralizados, mirando fijamente las pantallas de seguridad. El callejón estaba siendo atacado. Escuadrones de soldados de asalto cargaban a través de él mientras el aire se llenaba de cruceros de artillería provistos de armas de corto alcance y motos.

—Están aterrizando en los tejados —dijo Keets, tragando con dificultad. No podía creer que estuviese ocurriendo. Todavía no.

—Ya sabéis lo que hay que hacer, chicos —dijo Dex—. Nos hemos preparado para en este día. Os veré en el túnel.

Keets y Curran intentaron no mirar a las pantallas de seguridad mientras borraban todos los datapad y los ordenadores metódicamente. Sabían que sólo disponían de segundos para terminar el trabajo. Fundieron el sistema de circuitos para que todas las comunicaciones y el almacenamiento de datos fuesen no sólo inoperables sino imposibles para rastrear. Era demasiado tarde para advertir a cualquiera que pudiese estar en la vecindad, pero sabían que la presencia imperial era tan extensa que la población circundante del Distrito Naranja haría correr la voz rápidamente.

Dex había ido a borrar su biblioteca de investigación, una tarea que le enfermaba. Había pasado años acumulando información, y ahora desaparecería en un momento. Contenía seres, planetas y posibles escenarios para la rebelión en diferentes planetas, así como información sobre sistemas, ciudades, minerales, minas, espaciopuertos fuera de las rutas habituales, cantinas dónde uno podía estar de seguro de que nadie le molestaría. Era demasiado peligroso descargarlo en un chip; él sabía que era muy probable que le capturasen a pesar de todas sus precauciones. Al menos algunos de esos datos estaban en su cabeza.

Meses antes, Dex se había preparado para mudarse del Distrito Naranja con su minuciosidad habitual. Había revisado los viejos mapas y había leído las viejas historias. Entonces había volado el suelo con algún explosivo sumamente discreto y había usado un equipo de sensores para descubrir cómo conectar con un antiguo callejón que una vez se había cruzado con el Callejón del Maleante. Dex había pasado largos días bajo el suelo con Oryon el Bothan y con cualquier miembro perdido de los Borrados que pudiese acorralar durante un día de trabajo. Habían logrado cavar un túnel con una versión modificada de un topo minero, a través la roca hasta lo que quedaba del antiguo callejón. Sabía que nunca conseguirían salir por el Callejón del Maleante o por los tejados. El túnel tendría que salvarles.

Dex se reunió con los otros en el pasillo, que ya estaba lleno de humo.

—Malas noticias —dijo Curran. Su frente brillaba por el sudor y su largo pelo grueso se había soltado de su ajuste de metal. Caía enredado por su espalda.

—Han volado el tejado —explicó Keets. Su cara estaba gris por el polvo—. Han usado demasiado explosivo. Los escombros bloquean nuestro acceso al turboascensor. Tendremos que llegar hasta él desde el otro ala de la casa.

Todos ellos intercambiaron miradas. Ése era el peor escenario, uno que no habían previsto. La única ruta de escape consistía en tomar el pasillo que corría a lo largo de la parte frontal de la casa. Podrían verse atrapados entre los soldados de asalto entrando por el tejado y los que entraban por el frente. No tendrían ninguna posibilidad.

—Entonces movámonos —dijo Dex.

La casa refugio había sido diseñada para confundir a los perseguidores, con paredes falsas y pasillos serpenteantes demasiado estrechos para no dejar pasar el armamento principal. Todavía podían oír a los soldados de asalto incómodamente cerca. Estaban cargando por los pasillos que había detrás de ellos y tirando abajo las puertas. Podían oírles buscando en las habitaciones y el sonido amortiguado de sus comunicaciones.

—Si atraviesan esa puerta blindada escaleras abajo en el próximo minuto podríamos tener problemas —dijo Dex.

La explosión envió ondas de choque contra sus oídos. La casa se estremeció y casi pareció levantarse y volver a asentarse.

—Están dentro —dijo Keets.

Oyeron a los soldados de asalto cargando escaleras arriba. Dex pulsó un botón en su silla repulsora.

Escucharon un ruido, después cuerpos golpeando el suelo. Los gemidos amplificados y los gritos llegaron hasta ellos débilmente.

—Puse las escaleras en modo rampa —les dijo Dex—. Nos dará un minuto.

—Necesitamos más que un minuto —dijo Keets, sacando su desintegrador.

Un pasillo más. Una última carrera hasta llegar al turboascensor oculto.

Los soldados de asalto detrás de ellos estaban tan cerca que ahora podían escuchar las comunicaciones de sus cascos.

Nada hasta ahora.

Usa explosivos en las paredes. Pueden estar escondiéndose detrás de ellas. ¡Esta vez no tanto! La casa es inestable.

Continúa en el cuadrante noreste. Reúnete con el escuadrón tres-seis-diez.

Curran se volvió en la última esquina y vio soldados de asalto subiendo por la rampa, trepando sobre los cuerpos de sus camaradas que habían caído cuando Dex eliminó las escaleras de repente. Curran y Keets dieron rienda suelta al fuego láser. Rayos de energía cruzaron el aire humeante.

Los soldados de asalto devolvieron el fuego. Keets se lanzó al suelo y rodó sin dejar de disparar. Su objetivo principal era proteger a Dex, el cual podía hacer que se moviera esa silla repulsora, pero no podría maniobrarla para escapar de una andanada de fuego láser. Curran se mantuvo entre los soldados de asalto y Dex.

— ¡Corred, vosotros dos! ¡Corred! —tronó Dex—. ¡Dejadme aquí! ¡Estuvimos de acuerdo!

Semanas antes, Dex les había dicho que si eran invadidos, él era el más vulnerable. A causa de su masa, simplemente no podría moverse lo suficientemente rápido si ocurría lo peor. Les había sacado la promesa a Keets y a Curran que escaparían si podían y le dejarían atrás. Les había obligado a estar de acuerdo. Era mejor si al menos unos cuantos pudiesen escapar. Dex les había dicho que él había tenido una vida larga, "algunas veces la vida de un sinvergüenza, pero una buena", y estaba listo para

dar su vida si tenía que hacerlo. —Pero vosotros, chicos, tenéis un largo camino que recorrer —les había dicho.

Sí, habían dado su palabra. Pero Keets y Curran sabían incluso sin intercambiar una mirada que no podrían dejar atrás a Dex.

El fuego láser era tan intenso que el aire parecía llena de luz danzante. Keets vio que un rayo láser acertaba a Dex, el cual se derrumbó sobre la silla. Gritándole a Curran que le cubriese, se abalanzó sobre la silla y aceleró. La silla salió disparada hacia adelante, directamente hacia una línea de soldados de asalto.

Gritando con ferocidad, Keets atravesó la línea y avanzó. Curran enganchó un brazo alrededor del respaldo y se subió a la parte de atrás de la silla, la cual dio un bandazo pero no se detuvo. Dex estaba semiconsciente mientras Keets aceleraba, zumbando corredor abajo a través del humo. El último rayo láser golpeó el motor repulsor. Oyeron una pequeña explosión y la silla comenzó a dar sacudidas y a frenarse.

Curran se lanzó contra el panel oculto y lo activo. Sólo de unos segundos. Los soldados de asalto se abrían paso por el serpenteante pasillo. El panel se hundió en el techo y Keets empujó la silla hacia el interior. La cabeza de Dex le caía sobre el pecho y sus seis brazos colgaban inertes a los costados. Keets no sabía si estaba vivo o muerto.

Curran golpeó el sensor. — ¡Ciérrate! —le imploró al panel.

Se cerró antes de que los soldados de asalto doblasen la esquina. El turboascensor descendió rápidamente. Las puertas se abrieron al frío y húmedo túnel.

Empujando y tirando, sacaron a Dex del turboascensor.

Hay un aerodeslizador aquí abajo que podemos usar —le dijo Curran—. Tendremos que dejar la silla.

Keets miró a Dex ansiosamente. ¿Están...?

Dex abrió un ojo. —Me disteis vuestra palabra —murmuró.

Keets podía ver el gran esfuerzo que le costaba hablar. Se inclinó más cerca de la oreja de Dex. — ¿Desde cuándo mi palabra vale algo, mono lagarto? Deberías haberlo sabido.

Una explosión causó que el túnel se estremeciera, y la suciedad llovió sobre ellos.

Dex hizo un gesto de dolor, pero Keets vio la luz en sus ojos. Lo superaría. — ¿A qué estáis esperando entonces, chicos? Sacadme de aquí.

CAPÍTULO VEINTE

Trever y Ry-Gaul permanecieron atrás mientras Linna y Tobin se abrazaban. Linna colocó su cabeza a lo largo del pecho de su marido. Habían estado separados durante demasiado tiempo. Trever se dio media vuelta para darles privacidad. Él no había visto esa clase de amor desde que sus padres vivían y ello no le agradaba recordarlo. Creaba un lugar vacío en él que normalmente podía llenar con otras cosas. Amigos, comida, peligros, preguntándose cuál sería su siguiente movimiento.

Finalmente se separaron. Fueron de la mano hacia Ry-Gaul y Trever.

—Gracias —dijo Tobin. Linna sonrió. Trever nunca se había dado cuenta de que ella era hermosa. Ella siempre había estado tan triste y tan tensa.

Se habían reunido con Tobin en una plataforma de aterrizaje oculta cerca del Distrito Naranja. Rodeados de aerodeslizadores, se apiñaron en un espacio reducido. El considerable tráfico de las vías espaciales sobre sus cabezas comenzaba a ralear y a difuminarse con las primeras luces de la tarde.

—Hay un crucero espacial para vosotros —dijo Ry-Gaul—. ¿Necesitáis un destino seguro?

—Hay un lugar que conocemos —dijo Tobin, mirando a Linna—. Un lugar donde una vez fuimos felices: en Mila.

Ry-Gaul asintió. —No hay demasiada actividad imperial en ese cuadrante. He incluido nuevas identificaciones en el crucero.

—Me enviaron a Despayre —dijo Tobin—. Separaron a todos los científicos. No se nos permitía hablar con los de diferentes áreas de conocimiento. Me mantuvieron con los ingenieros de estructuras. Pero sé que había técnicos de armamento y científicos de sistemas. Químicos. Es un esfuerzo enorme para construir... algo. Algo terrible.

Ry-Gaul asintió. —Se lo diré a Ferus.

Linna le tendió la mano. Ella presionó un pequeño objeto contra la mano de Ry-Gaul. —No quiero esto —dijo ella quedamente—. Es lo único que queda de ese terrible experimento. La documentación y propio agente de memoria. Los registros de Zan Arbor han sido destruidos, así como su mente. Sugiero que destruyas esto, también.

Ry-Gaul era el tipo más reservado que Trever había conocido nunca. Le sorprendió cuando se adelantó y abrazó a Linna y después a Tobin. Lo hizo sin la torpeza que Trever esperaba de él.

—Salvaste nuestras vidas —dijo Linna—. Nunca lo olvidaremos.

—Vosotros salvasteis la mía una vez —dijo Ry-Gaul—. Ahora estamos unidos por las estrellas y por la Fuerza. Si me necesitáis, acudiré.

Ry-Gaul y Trever esperaron hasta que el crucero estelar salió disparado por la vía espacial. Permanecieron allí incluso después de no poder distinguir las luces del crucero de cualquiera de los demás en el tráfico pesado de Coruscant.

—He estado despidiéndome un montón de veces estos días —dijo Trever—. De alguna forma, nunca resulta más fácil.

—No —dijo Ry-Gaul con su acostumbrada concisión.

—Bueno, creo que he tenido suficiente por una temporada —dijo Trever.

Caminaron el resto del camino hasta el Distrito Naranja. No hablaron mientras descendían en una serie de turboascensores hasta el distrito, la tristeza colgaba entre ellos.

Mientras se acercaban al distrito los turboascensores dejaron de funcionar. Normalmente eran saboteados tan pronto como los arreglaban. Bajaron por rampas y a través de estrechas calles y callejones hasta el Callejón del Maleante. Ya estaba oscuro, y las luces de color naranja lanzaban sombras profundas. Según se acercaron, el paso de Ry-Gaul se aligeró de repente.

—Las calles están casi vacías —dijo él—. Algo va mal.

Trever tuvo que trotar para mantener su paso. Su corazón comenzó a martillar. Podía oler algo, y sabía que Ry-Gaul también.

—Humo —dijo Trever.

Comenzaron a correr. Doblaron la última curva y vieron... nada.

El laberinto del Callejón del Maleante había sido destruido. No quedaba nada. Ni un muro, ni un pedazo de piedra. Había sido vaporizado. El suelo todavía humeaba.

—Dex —graznó Trever—, Keets, Curran...

—Ven —dijo Ry-Gaul, tirando del brazo de Trever. Trever no podía moverse.

Ry-Gaul tuvo que apartarlo de allí. Siempre existía el peligro de que hubiese espías esperando a ver quién aparecía.

Expertamente, Ry-Gaul le condujo por callejuelas hasta que alcanzaron un área donde las multitudes habituales se arremolinaban en los cafés y haraganeaban en el exterior de ruidosos y oscuros restaurantes. Trever se sentía conmocionado hasta la médula. Puso un pie delante de otro pero no era consciente de caminar. Con cada paso un nombre repicaba en su cabeza. Dex. Curran. Keets.

¿Y quién más había estado allí? ¿Flame? Oryon seguía viniendo de visita de vez en cuando, aunque ahora pasaba la mayor parte de su tiempo en el asteroide. ¿Y qué hay de Solace? Uno nunca sabía dónde aparecería...

—Flame —dijo Ry-Gaul quedamente.

Al principio Trever quedó confuso. Ry-Gaul parecía haberse hecho eco del nombre en su mente. Entonces se dio cuenta de que Ry-Gaul la había divisado.

El alivio se descargó a través de Trever. Llegaron hasta Flame, la cual estaba sentada en el exterior de un café, con una taza de té sin tocar frente a ella. Trever vio que sus manos se agitaban.

Su cara se despejó cuándo vio a Trever. —Estás a salvo —dijo ella, levantándose y abrazándole.

—Al igual que tu —dijo Ry-Gaul. Sus ojos gris plata descansaron sobre su cara fijamente.

—No sé lo que les sucedió a los demás —dijo ella—. No estaba allí. Pero... se dice en la calle que todo el mundo está muerto. No capturaron a nadie. Buscaron en cada morada y después volaron todo el callejón. Nadie pudo haber sobrevivido.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Trever, intentando tragar pena y su aturdimiento, aunque sabía que no podría. Se había asentado como una roca dentro de su estómago y ahogaba cada respiración.

Ry-Gaul se sentó pesadamente en una silla junto a Flame. —Seguimos adelante.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Bail todavía se negaba a creer que cualquiera que viviese en el palacio pudiera ser un espía, pero después de mejorar su sistema para la holocomunicación con Obi-Wan, descubrió un fallo. Alguien había invadido su sistema y colocado un monitor.

—Afortunadamente parece que mi código no ha sido descifrado... aún —dijo Bail—. Pero el registro de con quién he contactado puede ser igual de dañino. Borré nuestra comunicación con Obi-Wan, por supuesto, pero todo lo anterior ha sido transmitido sin duda.

—Las únicas personas que sabían que Antilles pasaría por TerraAsta eran la Reina Breha y Deara —dijo Ferus. Vaciló—. Deara...

—No —la voz de Bail fue brusca—. Ella es muy cercana a nosotros. Es la hermana de Breha. Su lealtad es incuestionable.

—Dijo que Memily era una nueva empleada —dijo Ferus.

—Ella es la hija de uno de mis amigos de más confianza.

—Senador Organa, alguien tiene que ser el espía.

Bail suspiró y no dijo nada.

—Tenemos que tender una trampa —dijo Ferus—. Es la única manera. Alguien del palacio le está pasando información a Dartan Ziemba. Mire, sé que ha estado luchando por una causa perdida para mantener fuera de su planeta a un Gobernador Imperial.

—He perdido esa batalla. Llega mañana —Bail sacudió la cabeza—. Deara dice que hay algunos que quieren que ofrezca resistencia armada, que compre armas. Eso violaría todo lo que respaldamos.

—Vi a Deara en el mercado ayer al amanecer —dijo Ferus—. ¿Va a menudo?

Bail cruzó la habitación y miró por la ventana. Sus pensamientos parecían estar lejos. Él agitó una mano. —Últimamente, sí. Trae magdalenas frescas para los niños.

¿Por qué —se preguntó Ferus—, cuando Memily era una panadera tan buena?

Ferus pensó otra vez en el encuentro en el mercado con Deara. Él había estado distraído. Buscando al espía, y pensando en su propio uso de la cólera, en cómo había conectado con el Lado Oscuro de la Fuerza y lo que eso significaba.

No lo había pensado detenidamente.

—Tengo que irme —le dijo a Bail.

—¿Ahora? ¿Qué pasa con la trampa?

—Si estoy en lo correcto, regresaré con un plan —prometió Ferus.

* * *

Ferus atravesó el mercado. Vio a Dartan Ziemba en la primera fila de puestos. Dartan vendía juguetes para niños. Ferus se mantuvo fuera de la vista, observándole. El negocio no era demasiado bueno.

Siguió caminando, de arriba abajo, mirando y observando, fingiendo estudiar la mercancía, comprando ocasionalmente una cosa o dos para evitar sospechas. Era un día agradable y el mercado estaba abarrotado.

Cuando hubo descubierto lo que había ido a buscar, volvió rápidamente al palacio, conduciendo el aerodeslizador a través de las vías espaciales, no había tiempo que perder.

Entró de golpe en la oficina de Bail. — ¡Tiene que escribir un memorándum secreto diciendo que Alderaan recibirá al Gobernador con resistencia armada!

— ¿Por qué habría de hacer eso?, Alderaan no tiene armas.

—Me temo que si las tiene. Dartan Ziemba era el conducto. En su mayor parte probablemente alguien del Imperio —sospecho que Darth Vader— hizo los preparativos para que un envío de armas llegase al espaciopuerto. Ziemba debía hacer los preparativos para esconderlas y después trasladarlas a otro lugar en el momento oportuno.

— ¿Dónde?

—Al mercado al aire libre.

—No lo entiendo —dijo Bail—. ¿Por qué querría Vader armar a Alderaan?

—No quiere. Quiere enviar al Gobernador Imperial y exponer las armas para que tenga una razón para poner el planeta bajo su control.

Bail asintió. —Por supuesto. Esa es exactamente la forma en la que piensa.

—Pero si envía ese mensaje —que recibirá al Gobernador con resistencia armada — llegará al mismo Emperador. Estarán encantados de que haya seguido sus planes sin saberlo. Se le dijo que su gente quería luchar—

Bail se puso pálido. —Dears.

—Y así llegarán con armas y naves, y encontrarán... nada. Porque vamos a deshacernos de esas armas. Va a detener a Ziemba para interrogarle y después le dejará ir. Mientras tanto, se sacarán las armas del mercado. Entonces cuando el Imperio llegue no encontrarán resistencia. Quedarán como idiotas. Las gentes de Alderaan serán los héroes, y el espía será desacreditado. Su información será sospechosa, no sólo su información sobre usted, sino su información sobre Leia.

—Eso es diabólico —dijo Bail—. Me gusta. Con tal de que mi gente no resulte herida.

—El Imperio traerá destructores estelares para asustarle —dijo Ferus—, pero no atacarán.

Bail se puso en pie. —Entonces tengo trabajo que hacer.

* * *

Hydra cerró el holoarchivo. Miró a Ferus. — ¿Tienes la intención de enviar esto?

—Así es —dijo Ferus.

— ¿Has llegado a la conclusión de que el informe sobre un niño sensible a la Fuerza carece de fundamento?

—Exacto.

—Bueno, yo no he llegado a esa conclusión.

—Hemos realizado docenas de entrevistas. Hemos peinado los registros oficiales, examinado el lugar, puesto vigilancia. Para mí está claro que ocurriera lo que ocurriese

no fue digno de atención. No fue un ejemplo de la Fuerza, sino una coincidencia tan poco interesante que... nadie lo comentó.

—Hay una razón para que nadie nos hable.

—Seguro —dijo Ferus—, nos odian.

Hydra sacudió su mano ante sus palabras como si fuesen una nube de diminutas moscas. —Eso es irrelevante, esconden algo.

—No tienen miedo —dijo Ferus—. Y con razón. Así que no van a darnos ninguna información. Pero no confundamos eso con tener algo que decir realmente. Yo digo que cerramos el archivo. Soy tu superior —le recordó Ferus.

Ella vaciló. —Técnicamente eso es cierto.

—¿Es cierto, o no es cierto? —preguntó Ferus de forma brusca. Si la presionaba, Hydra le presionaría a su vez. Su desprecio por él lo garantizaba.

Porque tenía que desacreditarla a ella al igual que a Dartan Ziemba.

Por el camino, había tratado de contactar con Keets en el Callejón de Maleante. Quería que Keets pidiese algunos favores a los periodistas renegados que estaban poniendo en marcha la SombraRed, la alternativa a las noticias controladas por el Imperio. La falta de respuesta de Keets o de alguien en el escondite del Callejón del Maleante era preocupante.

—Es cierto —su boca se cerró coléricamente—. Y también es cierto que en casos donde los Inquisidores no estén de acuerdo, el miembro más joven del equipo puede escribir un informe discrepante.

—Ciertamente. Si sientes que tienes una base sólida, a pesar de investigar durante cuatro días y volver con las manos vacías, entonces siéntete libre para atestar los archivos imperiales con otro memorándum —Ferus se encogió de hombros—. Diviértete. Pero sugiero que pasemos a los siguientes nombres de la lista y hagamos algo realmente. Es hora de dejar Alderaan.

Los ojos normalmente inexpresivos de Hydra ardían con furia. —Archivaré mi informe inmediatamente.

—Bien pensado—, dijo Ferus.

—Pronto Alderaan sabrá lo infructuoso que es resistirse —dijo ella—. Reconocerán que estamos al mando. Entonces, investigaciones como ésta irán sobre ruedas. El Gobernador Imperial se encargará de eso.

Él quiso sonreír ante su presunción. En lugar de eso asintió gravemente. —Sí —dijo él—, yo también lo espero.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Breha y Bail esperaban a Deara en su sala de estar. Bail miró la preciosa cara de su esposa. Podía ver el dolor, le había roto el corazón.

Su amada hermana era una espía.

Había escrito el mensaje y había puesto un falso "enviado", había establecido un nuevo control de seguridad, había visto con sus propios ojos en el monitor como Deara se había colado en su oficina, había copiado el mensaje, y lo había enviado.

Puso su mano encima de la de su esposa. El peso de dirigir recaía en Breha a cada momento de su vida. Ella había amado a Bail a lo largo de muchas separaciones donde ella permanecía en el palacio y él estaba en el Senado en Coruscant. Ella había alentado su carrera política. Se había preocupado por él durante las Guerras Clon. E incluso mientras regía su mundo y cuidaba de sus ciudadanos, había mantenido a su familia cerca, había extendido una mano a toda su familia, a sus amigos, hasta el último ciudadano de Alderaan, ella estaba allí para luchar por ellos, ayudarles y representarles. Y ahora esto.

Deara entró, su cara estaba rodeada por gruesos rizos de lustroso pelo oscuro. Ella tenía su calurosa sonrisa habitual. —Es un día precioso. ¿Qué os parece almorzar en el jardín?

—Deara, tenemos que hablar contigo —dijo Breha.

El tono de Breha hizo que Deara se detuviera repentinamente. — ¿Algo va mal?

—Algo va muy mal, hay un espía en la casa.

Deara tragó. —Ya veo.

—Tú eres ese espía.

Bail admiraba cómo Breha mantenía su enfoque. No mostró ni un pedacito de su angustia.

No sabían lo que haría Deara. Habían esperado que lo negase. Pero no hubo desafío, ningún argumento. Deara simplemente se vino abajo. Se dejó caer sobre el suelo, hundiendo la cara entre sus manos.

Nadie dijo nada durante un largo momento. Breha mantuvo la mirada en su hermana. —Él se acercó a mi cuando estuve de visita en Coruscant —la voz de Deara sonaba amortiguada.

— ¿Vader?

Lentamente, ella asintió. —Me amenazó. Era aterrador. Entonces dijo que sólo quería... saber cuándo Bail estaba aquí, y cuando pensaba marcharse. Al principio. Después quiso... más.

—Le informabas de mis comunicaciones privadas —dijo Bail.

Ella asintió llorosamente. —Simplemente a quién escribías, o quien te había enviado mensajes. No lo que había en ellos.

—Sólo porque no podías descifrar el código.

— ¡No! —protestó ella, sacudiendo vigorosamente la cabeza—. Nunca les habría dicho tanto. Pensé que la información que les daba sería inofensiva...

—Le dijiste que Raymus Antinlles regresaría a través del espaciopuerto de TerraAsta —dijo Bail—. Podrían haberle arrestado.

—No tenían razón para arrestarle —dijo Deara—. Querían descubrir si llevaba un mensaje. Sabía que tu código era indescifrable—

— ¡Esas son meramente excusas para lo inexcusable! —tronó Bail, perdiendo repentinamente su temperamento.

Breha le lanzó una mirada a Bail para que hablase en voz baja. Harían esto con su dignidad intacta. —Nos dijiste que había algunos que querían usar armas contra el Imperio —dijo ella—. ¿Era cierto?

Deara sacudió la cabeza y dijo a través de sus lágrimas —Recibí instrucciones de decirlo. ¡Yo sabía que lo descartaríais!... parecía algo tan pequeño... —lloró con más intensidad.

— ¿Qué pasa con Leia? —preguntó Breha—. Escribiste un informe sobre ella. ¿Fue eso algo pequeño?

— ¡No fui yo! Nunca informaría sobre Leia —insistió Deara—. Nunca pondría en peligro a los niños.

—Deara, ¿no ves que ya lo has hecho? —le preguntó Breha—. Convirtiéndote en espía, trajiste el peligro a esta casa.

Deara sacudió la cabeza llorosamente. —Mi querida hermana, ya hay peligro en esta casa. La oposición de Bail al Emperador os ha colocado allí, no yo.

Breha miró Bail. Ella sabía que esas palabras le habían calado en su corazón. Era su mayor preocupación que su trabajo en el Senado amenazase un día a su familia.

— ¡Cómo te atreves a decir eso! El coraje de mi marido llena mi corazón de orgullo. Él no trae el peligro a esta casa. Él trae honor. Eres tú la que ha traído deshonra y peligro aquí.

Bail tomó la mano de Breha y la besó. Ella se volvió hacia él con lágrimas en los ojos. —Son días peligrosos —dijo ella suavemente—. Pero nunca jamás perderemos nuestra determinación.

Una acobardada Deara puso de nuevo las manos sobre su cara.

—Lo siento tanto.

—Eres débil —dijo Breha—. Pero eres mi hermana. Debes dejar el palacio para siempre.

Deara asintió con la cara escondida entre las manos.

—Hemos dispuesto un viaje secreto para ti, y un refugio en Ankori—7 —dijo Bail.

Ella alzó la cara, asombrada. — ¿Soy libre para irme?

—Sí —dijo Breha—, eres libre para irte.

* * *

— ¿La dejaron marchar? —preguntó Ferus, incrédulo—. Tenían una oportunidad. ¡Ella podrían haber seguido informando!, podrían haberla utilizado.

—Ella es familia —dijo Breha.

—Como mínimo, merecía la cárcel —dijo Ferus.

—Ella es familia —repitió Breha suavemente.

—Pueden estar poniéndose en peligro —dijo Ferus—. Podrían seguirle la pista. Todavía podrían utilizarla.

—Si me equivoco, prefiero hacerlo a favor del perdón —dijo Bail.

Para esto, Ferus no tenía respuesta. El Holocrón quemaba dentro de su túnica y él sabía lo que diría la voz.

Es estúpido no destruir a tus enemigos, estúpido y cobarde.

Pero Ferus miró con su corazón a Bail y a Breha, y pensó que estaban entre las personas más valientes que él había conocido nunca.

Ya había mucha angustia en la galaxia. Demasiadas familias rotas, demasiados amigos destrozados.

¿Cómo sería no volver a sentir angustia nunca más? ¿Qué pasaría si pudieses conquistar la pena, aplastarla, y no volver a sentir su calor abrasador?

Puedes.

Ferus sintió el calor del Holocrón junto a su pecho. De repente su aliento fue pequeño, el sudor empezó a brotar por todo su cuerpo.

Todo eso, y más, puede ser tuyo tan fácilmente como decir una palabra.

Sí.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Bail y Ferus esperaban en el espaciopuerto. Era lo que habían estado esperando, pero aun así era una visión aterradora ver la atmósfera interior llena de transportes imperiales. El crucero estelar del Gobernador estaba flanqueado por cazas imperiales.

—Odio esto —dijo Bail, apretando la mandíbula.

—¿Los reporteros están en posición? —preguntó Ferus.

Bail asintió. —La SombraRed emitirá simultáneamente la llegada —dijo él—. Las noticias se extenderán por todo el Núcleo.

—Se tomarán su tiempo aterrizando para dar el máximo efecto —dijo Ferus. Entonces se marchó; no les beneficiaría que les viesen juntos.

La primera nave en aterrizar fue una nave de transporte. Las tropas de asalto salieron con las armas sujetas en alto. Formaron largas filas, la luz del sol destellaba sobre el plastoide blanco.

Se había detenido todo el tráfico para la llegada. Los alderaanianos en el espaciopuerto estaban apretujados detrás de las encrespadas armas de los soldados de asalto.

El crucero estelar del Gobernador Imperial aterrizó.

La rampa descendió. Otro escuadrón de soldados de asalto bajó trotando con las armas extendidas como si esperasen encontrar una batalla.

Fueron seguidos por un pequeño hombre con una capa púrpura —el Gobernador Imperial. Junto a él estaba el Emperador Palpatine. Un estremecimiento traspasó a la multitud. Desde lejos, Ferus podía ver a Bail ponerse rígido. No habían esperado ver al propio Palpatine.

—Pueblo de Alderaan —gritó el Gobernador, su voz era fuerte, alcanzando a toda persona en el espaciopuerto—. Venimos en son de paz. Estamos aquí para protegeros. Hemos tenido noticias de que estáis preparados para combatir. No deseamos una confrontación. El Imperio sólo quiere paz.

Bail dio un paso adelante. —La galaxia sabe que Alderaan es pacífico. No tenemos armas.

El Emperador hizo una señal su elitista Guardia Roja. —Ya lo veremos.

La procesión se trasladó hasta el mercado al aire libre situado más abajo. Los clientes y vendedores corrían mientras los soldados de asalto volcaban metódicamente puestos y contenedores llenos de artículos. La fruta fue pisoteada. El suelo pronto se manchó de rojo por las bayas.

Los soldados de asalto descubrieron los contenedores de duracero.

—Abridlos —ordenó el Gobernador.

Los soldados de asalto abrieron cada contenedor del mercado. Estaban llenos de herramientas, ropas hechas a mano, telas, artículos de cocina... Cosas de la vida diaria, nada más.

Los vendedores habían trabajado toda la noche para sacar las armas. Raymus Antilles las había cargado en secreto a bordo de su crucero y había despegado. De nuevo, no hubo armas en Alderaan.

El Gobernador Imperial permaneció al lado del Emperador, rodeado por centenares de tropas. El mercado estaba destrozado. La gente seguía en pie, observando. No asustados, vio Ferus, sonrientes.

Fue la visión del Emperador rodeado de fruta pisoteada, por escuadrones de soldados de asalto enfrentándose a una amenaza que consistía en niños y ciudadanos ordinarios con sus cestas de la compra. Fue la visión del Gobernador Imperial, tan delgado y pequeño, con su adornada capa púrpura y sus guardaespaldas con rifles alzados a su alrededor. En Alderaan, esa visión no tenía sentido.

Un lento murmullo comenzó en la multitud. Comenzó con sonrisas apenas ocultas, entonces estallaron en risas disimuladas y carcajadas.

El Gobernador Imperial contempló al Emperador nerviosamente. Los soldados de asalto esperaban una orden.

— ¡Dispersaos! —dijo el Gobernador con voz áspera—. ¡Volved a los transportes!

Ferus sonrió, al igual que el Emperador.

Sintió que el viento agitaba su mejilla. De repente Darth Vader estuvo a su lado.

—Veo que esto te divierte —dijo él.

—Todo este esfuerzo por un pequeño Gobernador —dijo Ferus—. ¿Por qué la demostración de fuerza? No hay resistencia en Alderaan.

—La resistencia está en todas partes —dijo Vader—. Nos corresponde a nosotros decidir dónde y cuándo aplastarla. Les has dado a estas personas una victoria vacía.

—No he tenido nada que ver con esto.

—Eso dices tú. Su derrota llegará. Esta humillación no se olvidará. El Imperio elige su momento. Ayer en Coruscant nos cansamos de observar una célula de resistencia bajo nuestras narices, así que la aplastamos.

—Estupendo —dijo Ferus, pero su ansiedad se disparó dentro de él.

—El Callejón del Maleante, en el Distrito Naranja —continuó Vader—. Puede que conocieses al cabecilla —fue amigo de los Jedi. Su nombre era Dexter Jettster.

— ¿Era?

—Su escondite fue destruido. Todo el mundo murió.

El shock y la pena lo desgarraron. Pero ahora no era el momento. Era el momento de devolverle el golpe a Vader. —Cuando mencioné Mustafar el otro día, me temo que le enfadé.

El Señor Oscuro debía haber estado preparado para que él mencionase eso. No dejó entrever ninguna pizca de interés. —Guárdate tus miedos para ti —dijo en lugar de eso.

Ocurrió instantáneamente. Ferus sintió como si la parte superior de su cabeza hubiese estallado. Fue inmediato y visceral. Cada pista encajó en su lugar, cada sospecha, cada sensación fastidiosa de que estaba ignorando algo importante.

Habían estado juntos fuera de la sala del consejo. —Tengo miedo por ti. Crees que admitir que estabas equivocado te deja expuesto ante un ataque —había dicho Ferus. Él todavía se sentía aturdido y extraño por su convención con los Maestros Jedi. Todavía no podía creerse que acabara de renunciar a la Orden Jedi.

El labio de Anakin se había curvado. —Creo que deberías guardarte tus miedos para ti.

Darth Vader era Anakin Skywalker. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Tambaleándose, Ferus permaneció junto a Vader mientras el Emperador se acercaba a ellos. Las nubes se habían congregado como una gran alfombra gris; se estaba avecinaba una tormenta. El espesor del aire y la inminente tormenta parecían darle una carga pesada a la atmósfera.

Ferus sentía la explosión de furia del Emperador, aunque él permanecía en calma. Palpatine fue directamente hacia Vader.

—Una trampa —dijo él. Miró a la gente, que ahora empezaba a marcharse, y añadió en un susurro aterrador—. Podría matarlos a todos, si quisiese.

—No hay nada que te detenga, Maestro —dijo Vader.

—Deberías recordar que estamos siendo grabados. Algún día, sí. Ahora no.

Darth Vader no dijo nada. Ferus comenzaba a divertirse. Nunca había estado presente mientras Vader era reprendido por su Maestro.

Anakin siempre había odiado que le regañasen en público.

Anakin siempre había querido ser el mejor.

Úsalo, usa lo que sabes. Derríbale, es la mitad de lo que fue.

Como si el Emperador también hubiese oído la voz, se volvió hacia Ferus. El calor abandonó su voz. —Pero tú has hecho bien tu trabajo —dijo él.

Ferus sintió crecer la frustración de Vader. Si Vader la desatase, Ferus se preguntó si podría hacer trizas el espaciopuerto.

El Emperador sonrió.

—Es hora de que tomes un lugarteniente, Lord Vader —dijo él, riéndose entre dientes—. Y creo que Ferus Olin es perfecto para el puesto.